TIEMPO DE CUARESMA

Introducción
(Sirve para los tres ciclos)

La Cuaresma empieza con el Miércoles de Ceniza. En este día se nos impone en la cabeza un poco de ceniza bendecida, que nos recuerda que un día no lejano hemos de morir; por eso se nos habla de la necesidad de la penitencia, de la conversión o vuelta sincera a Dios, dejando la vida de pecado, y a cada uno se nos dice: *«Convertíos y creed el Evangelio»,* o bien: *«Acuérdate que eres polvo y al polvo volverás».*

La palabra «Cuaresma, cuadragésima», quiere decir «cuarenta», y nos recuerda el ayuno del Señor durante cuarenta días en el desierto.

El espíritu cuaresmal es de verdadera penitencia. El ayuno era antiguamente rigurosísimo. La preparación para la Pascua por el ayuno existe desde los primeros siglos de la Iglesia; mas la Cuaresma como tal, o sea, como periodo de cuarenta días de ayuno, quedó oficialmente constituida en el Concilio de Nicea, el año 325.

En nuestros días propiamente no existe el ayuno, por cuanto está muy atenuado, y sólo es obligatorio en dos días: Miércoles de Ceniza y Viernes Santo. La abstinencia debe observarse todos los viernes del año. Obligatoria durante toda la Cuaresma, y la mandada para todos los demás viernes del año se puede permutar por algunas obras buenas, como dar limosnas, oír la santa Misa, rezar el Rosario, leer algún capítulo de la Biblia, etc.

El ayuno obliga a todos los cristianos desde los 18 años cumplidos hasta los sesenta, y la abstinencia desde los 14 cumplidos.

La Iglesia en este tiempo de Cuaresma nos exhorta al ayuno, a la mortificación, a la confesión de los pecados, a la oración y al recogimiento; de ahí las invitaciones apremiantes al pecador para que se vuelva a Dios y se purifique de sus faltas por el perdón. Y nos dice: *«Dios hace como que no ve nuestros pecados por esperarnos a penitencia»* (Sab. 11,24).

Palabras del papa Pablo VI sobre el ayuno

El ayuno «desaparecido casi por completo en lo que concierne a los manjares materiales, mas no en lo que afecta a otras prácticas de penitencia, a la oración especialmente y a las obras de caridad». A este respecto cita estas palabras de Orígenes: «¿Quieres que te diga el ayuno que debes practicar? Ayuna, es decir, abstente de todo pecado; no tomes manjar alguno de maldad; no te concedas ningún banquete de voluptuosidad; no te embriagues con vino alguno de lujuria. Ayuna de las acciones malas; prívate a ti mismo de las malas conversaciones; huye de los pensamientos malvados. No te concedas los panes furtivos de las doctrinas perversas. No desees los falsos manjares ideológicos que te apartan de la verdad. Este es el ayuno que agrada a Dios», y este es un ayuno, agregó el Papa, todavía posible para nosotros, el ayuno que debe conducirnos, purificados y fuertes, a la Pascua».

La imposición de la ceniza

Esta ceremonia nos debe recordar nuestro origen en cuanto al cuerpo y que nuestra vida terrena es efímera y fugaz. «Diariamente morimos, cambiamos cada día, y con todo, nos creemos eternos» (S. Jerónimo).

«A medida que crecemos en edad, dice San Agustín, nuestra vida disminuye, y el día actual ya lo hemos dividido con la muerte». «Todo cuanto tiene fin es breve... Estás en camino, esta vida es una posada. Usa del dinero, como usa de la mesa, de la copa, de la cama, el viajero en la posada, sabiendo que ha de proseguir el camino, y no se quedará allí».

«Este es el tiempo de gracia, el día de la salvación». Hagamos nuestro ayuno, limosnas y oraciones sin ostentación o vanidad, sino con rectitud de intención.

DOMINGO 1º DE CUARESMA (A)

1ª Lectura: Gén. 2,7-9; 3, 1-7

Esta primera lectura nos habla de la creación del hombre y del pecado de nuestros primeros padres. Dios, después de haber creado este mundo y cuanto hay en él, creó al hombre a su imagen y semejanza,

como ser inteligente y libre y le dio el señorío sobre todas las cosas (Sal. 8).

Dios formó al hombre del polvo de la tierra y le infundió un aliento de vida. El hombre consta de cuerpo y alma inmortal. Jesucristo dijo: *«No tengais miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla»* (Mt. 10,28).

Nuestra alma, pues, es inmortal. Dios no la aniquila, sino que la conserva para darle premio o castigo eterno según sus obras (Rom. 2,5-6; Mt.25,41ss).

El cuerpo del hombre, según la Escritura, lo formó Dios de la tierra, y el de la mujer del hombre; mas el alma de cada uno por creación directa y la infundió en sus cuerpos. Llegará un día en que al morir *«nuestro cuerpo volverá a la tierra de la que ha sido formado, y nuestra alma a Dios, que le dio el ser»* (Ecl. 12,7).

Dios colocó a Adán y a Eva en un jardín, el paraiso terrenal, y para probarles les dio el precepto de que podían comer de todos los árboles del paraiso, menos del fruto del «árbol de la ciencia del bien y del mal», que había en medio del jardín, y si comían de él morirían...

La serpiente era el más astuto de todos los animales, y el diablo (al que le sirvió de máscara la serpiente) tentó a Eva, y Eva dando oído al tentador comió del fruto prohibido y dio también a su marido, que comió también de él.

Nuestros primeros padres no escucharon el mandato de Dios y pecaron (En la siguiente lectura se nos habla de las consecuencias de este pecado).

2ª Lectura: Rom. 5,12-19

San Pablo nos habla así del pecado de Adán: *«Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y la muerte se propagó a todos los hombres, porque todos pecaron»* (en Adán).

Por haber pecado Adán, cabeza de la humanidad, la mancha de su pecado pasa a todos sus descendientes (el pecado original es «hereditario»).

El pecado de nuestros primeros padres fue un pecado de desobediencia con raíz en la soberbia, pues pecaron por querer ser iguales a Dios. (No fue, pues como algunos han dicho sexual, porque Dios les había dicho: *Creced y multiplicaos...*».)

Por su pecado la tierra quedó convertida en un valle de lágrimas, y este pecado va pasando a sus descendientes según van viniendo al

mundo, quedando así todos sujetos al trabajo penoso, al dolor y a la muerte.

Debido a este pecado nacemos sin la vida de la gracia. Sólo la Virgen por haber sido destinada a ser Madre de Dios, fue preservada del pecado original, el cual ahora se nos quita por el bautismo; mas las consecuencias o inclinaciones al mal, Dios quiere que las soportemos con resignación cristiana y luchemos con su gracia para merecer la vida eterna.

Adán es figura o tipo de Cristo, y si por el primero entró el pecado en el mundo, por el segundo, o sea, por Cristo nos viene la gracia salvadora.

3ª Lectura: Mt. 4,1-11

El Hijo de Dios, al hacerse hombre, quiso asemejarse en todo a nosotros menos en el pecado, y por eso pasó por la humillación de las tentaciones, para compadecerse de nuestras debilidades y servirnos de ejemplo (Heb. 2,8;4).

Con estas tentaciones, que fueron sólo externas, el demonio sin duda trataba de averiguar si Jesús era el Mesías.

Jesús al comenzar su vida pública, se dispuso a ella con un ayuno riguroso de cuarenta días y cuarenta noches y una oración intensa.

El diablo, admira a Jesús por su abstinencia, y le tienta de gula, de soberbia y ambición; mas Jesús venció las tentaciones, y con su ejemplo nos mueve a ser victoriosos, y lo seremos ayudados de su gracia. Por eso hemos de rezar: *«No nos dejes en la tentación»*. La tentación no es pecado, lo que es pecado es consentirla.

¿Cómo hemos de vencer las tentaciones? Evitando las ocasiones de pecado, orando y resistiendo a ellas desde el principio: *«Velad y orad, para no caer en la tentación»* (Mt. 26,41). *«Resistid al diablo y huirá de vosotros»* (Sant. 4,2).

DOMINGO 2º DE CUARESMA (A)

1ª Lectura: Gén. 12,1-4

Esta 1ª lectura trata de la vocación de Abraham. Después del diluvio, Dios formó un nuevo pueblo por medio del justo Noé; pero con el tiempo, como los hombres se fueran olvidando de Dios y se pervirtie-

ran, Dios en su bondad se escogió a otro hombre llamado Abraham, que vivía en Ur de Caldea hacia el año 1850 antes de Cristo. Su vocación es uno de los hechos más importantes, pues con él empieza la historia de Israel, el pueblo escogido por Dios, y también la historia de la redención del mundo.

Abraham pasó desde Ur a Jarán, en la parte alta de Mesopotamia, con su padre Taré y familia. Un día se le apareció el Señor y le dijo:

«Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que Yo te mostraré: Voy a hacer de ti una nación grande... Y en ti serán benditas todas las naciones de la tierra».

Abraham creyó sin titubear en la palabra de Dios, respondiendo fielmente a su llamada, y se fue con Sara su mujer, Lot su sobrino y con sus siervos y rebaños a Palestina, a la Tierra de Promisión.

San Pablo recuerda esta profecía del Génesis y la comenta así: *«EN TI, en uno de tus descendientes, que es Cristo, serán benditas todas las naciones de la Tierra»* (Gál. 3,16). De la futura descendencia de Abraham nacería un día el Mesías, Jesús de Nazaret (Mt. 1,1). Imitemos su fe y su fidelidad a la palabra de Dios.

2ª Lectura: 2 Tim. 1,8-10

San Pablo escribió esta segunda carta a su discípulo Timoteo, vísperas de su muerte, y lo exhorta a que siga tomando parte en los duros trabajos del Evangelio, según las fuerzas que Dios le dé, pues *«Él nos salvó y nos llama a una vida santa»...*

La vocación a la salvación parte de Dios, es un don gratuito independiente de nuestras obras, y nos ha sido dada por la misericordia de Dios por medio de Jesucristo, que nos ha rescatado con su sangre.

Esta elección ha sido hecha libremente por Dios, como fue un día la de Abraham, y a todos nos ha elegido desde la eternidad, y manifestada ahora por la aparición de nuestro Señor Jesucristo, que destruyó la muerte con su resurrección y nos hizo partícipes de la vida inmortal.

Reconozcamos que a todos nos ha llamado para ser santos e irreprochables en su presencia, y debemos cooperar, siendo fieles a nuestra vocación, cumpliendo cada uno con sus propios deberes.

La santidad consiste en conformar nuestra voluntad con la voluntad de Dios, y la voluntad de Dios se nos manifiesta en sus mandamientos. Cumplirlos es amar a Dios y al prójimo como a nosotros mismos.

3ª Lectura: Mt. 17,1-9

(Esta lectura puede verse explicada en el Dom. 2º de Cuaresma (C).

DOMINGO 3º DE CUARESMA (A)

1ª Lectura: Ex. 17,3-7

El pueblo de Israel, después de pasar milagrosamente el mar Rojo, se internó por el gran desierto de Arabia en camino hacia la Tierra prometida, y vemos que unas veces porque faltaba el alimento o el agua o por otras causas se mostró poco agradecido al Señor y no cesaba de murmurar.

Acosados un día los israelitas aquel lugar se llamó *Masá* (=tentación) y *Meribá* (=querella). Dios los probó «para ver si le amaban con todo su corazón» (Dt. 13,3), sin dejar de hacer milagros a su favor. Hoy se nos habla del obrado por Moisés con su vara, por mandato de Dios. Moisés golpeó con ella una roca y de ésta salió un manantial de agua abundante para ellos y para sus ganados.

Los israelitas *«tenían ojos y no veían las maravillas de Dios, tenían oídos y no percibían tantas grandezas...»,* y su manera de obrar era culpable.

Notemos que no era el golpe de la vara el que hacía brotar el agua de la roca, sino el poder omnipotente de Dios y su infinita misericordia para con su pueblo. Nosotros no nos hagamos ingratos como aquel pueblo, dejando de reconocer tantos beneficios como hemos recibido del Señor en el orden de la creación, de la conservación y redención..., invitando a todos a decir con el salmista: *«Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos»...*

2ª Lectura: Rom. 5,1-2.5-8

Aquí nos habla San Pablo de los efectos o frutos de la justificación o salvación por la fe en Jesucristo y en su Evangelio. Estos frutos son: 1) La amistad con Dios o paz entre Dios y los hombres; 2) la esperanza firme de la gloria futura o salvación eterna; y 3) la consolación en la «aflicción», y todo esto gracias al don del Espíritu Santo, que es fuente del amor de Dios en nosotros, pues *«el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado».*

El amor de Dios se nos ha manifestado en Jesucristo: *«Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo para que el mundo sea salvo por Él»* (Jn 3). Dios, pues, nos ha amado dándonos (como gran prueba de su amor) a su Hijo Jesucristo, que ha muerto no sólo por los justos, sino también por los impíos... y por nosotros, siendo grandes pecadores... Correspondamos a tan grande amor...

3ª Lectura: Jn. 4,5-42

Esta lectura trata del encuentro de Jesús con una mujer samaritana. Jesús después de haber asistido a la fiesta de la Pascua en Jerusalén, regresó a Galilea pasando por Samaria, y llegando al pueblo de Sicar o Siquén, donde está el pozo de Jacob, como estuviera cansado del camino se sentó junto a él. Era alrededor de mediodía.

En esto llegó una mujer samaritana a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber», y se entabla la conversación. La mujer le dice: *«¿Cómo tú, que eres judío, me pides de beber a mi, que soy samaritana, siendo así que judíos y samaritanos no se tratan?»*

Jesús le contestó: «Si conocieras *el don de Dios* y quién es el que te dice: *«Dame de beber»*... Todo el que beba del agua de este pozo, tendrá otra vez sed; pero el que bebiere del agua (de la divina gracia) que yo le daré, nunca en adelante tendrá sed (de los placeres de este mundo).

Aquella mujer reconoció la superioridad de esta agua, y terminó pidiéndosela a Jesús. Entonces Jesús queriéndole descubrir sus pecados, le dice: *«Anda, llama a tu marido y vuelve»*. Ella le contesta: No tengo marido. Bien has dicho le dice Jesús, pues has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido.

La mujer admirada, dijo: *«Veo que tu eres profeta», «Sé que ha de venir el Mesías, el Cristo...». Jesús le dice entonces: Yo soy el Mesías...*

La mujer se convierte en apóstol, va al pueblo y lo anuncia como Mesías. el pueblo va ante Jesús y admirados todos le dicen luego a la mujer: *«Lo hemos oído y sabemos que Él es de verdad EL SALVADOR DEL MUNDO»*. Deber nuestro es reconocerlo y proclamarlo como tal salvador (hablar de la «gracia»).

DOMINGO 4º DE CUARESMA (A)

1ª Lectura: 1 Sam. 16,1-13

En esta primera lectura se nos habla de la elección de David para rey de Israel. Dios había reprobado a Saúl como rey por no ser obediente a las órdenes que le había dado por medio del profeta Samuel.

Por este motivo Dios dijo a Samuel: «Vete a Belén, a casa de Jesé o Isaí; pues yo me he escogido para rey a uno de sus hijos, en lugar de Saúl, para que gobierne mi pueblo»... En Belén convocó Samuel a los hijos de Jesé, y fueron pasando ante él. El primero en presentarse fue Eliab, el hijo mayor, hombre de rostro hermoso y de grande estatura, y se dijo: Sin duda éste es el elegido de Dios. Mas el Señor interiormente le dijo: *«No repares en su bella presencia, yo no le he escogido, porque no juzgo a los hombres por su apariencia, sino por su corazón...»*

El último en presentarse fue David, y éste fue el elegido...

Consecuencias: 1) Obremos con rectitud y según la ley de Dios, para no ser desechados como Saúl...

2) No juzguemos por las apariencias, ni a la ligera o por sospechas de nadie. *«No juzguéis para no ser juzgados»*... Piensa que no conocemos al que juzgamos; no vemos su interior, ignoramos cuál ha sido su intención que tal vez le justifique... Y si cometió algún crimen, tal vez esté ya arrepentido y perdonado por Dios...

2ª Lectura: Ef. 5,8-14

San Pablo nos habla de la conducta de los hijos de Dios. Los cristianos no deben tomar parte alguna con los que practicasen las obras de las tinieblas, o sea, con los que van por el camino de los vicios y del pecado. Entre los pecadores y los hijos de Dios hay una oposición como entre las tinieblas y la luz, o como entre la noche y el día.

Andad como hijos de la luz... Los pecadores pasan por el bautismo a ser luz en el Señor: es decir, los bautizados son iluminados, son hijos de Dios, porque desterrado el pecado se destierran las tinieblas o la obscuridad, que son obstáculo al Espíritu Santo.

San Pablo termina con la cita de un himno cristiano, y dice: *«Tu que duermes»,* tu que estás en las tinieblas, tu que duermes el sueño del pecado, *despiértate,* levántate de entre los muertos a la vida de la gracia, y Cristo, el sol de la resurrección, te iluminará.

3ª Lectura: Jn. 9,1-41

San Juan nos refiere la curación de un ciego de nacimiento. Jesús pasó junto a él, y entonces le dicen sus discípulos: *«Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego?»*. Queda planteado el problema del dolor.

¿Por qué sufrimos? A esta pregunta diremos: El sufrimiento puede ser castigo de nuestros pecados, y a su vez enmienda de ellos y medio de salvación, puede ser una prueba a la que somete Dios las almas justas, o bien la de dar ocasión a Dios de manifestar su poder al librarnos del sufrimiento, como en esta curación milagrosa del ciego de nacimiento, como lo dijo Jesús: «No pecó él ni sus padres, sino para que se manifieste en él las obras de Dios», quedando patente el milagro y que Jesús es el Mesías, el Enviado del Padre, omnipotente como Él y Dios también como Él, único Dios verdadero.

Jesús remite aquel ciego a las aguas de Siloé, que están allí en Jerusalén cerca del templo. Sin duda fue una prueba para su fe. Así había hecho el profeta Eliseo con Naamán, al mandarle fuese al Jordán para lavarse y quedar libre de la lepra. El hecho es que el ciego fue, se lavó y vio...

Los vecinos que le conocían disputan sobre el caso, y le siguen los fariseos, que quieren acusar a Jesús por haber hecho el milagro en día festivo y que el ciego se tenga por equivocado; pero el ciego no anda con excusas, confiesa a Jesús, como venido de Dios y como Hijo de Dios, y esto es lo que debemos hacer todos. No permanezcamos en las tinieblas. *«Despierta tu que duermes»*.

DOMINGO 5º DE CUARESMA (A)

1ª Lectura: Ez. 37,12-14

En esta lectura se nos habla de una visión que tuvo el profeta Ezequiel, la visión de un campo que estaba lleno de huesos áridos. Dios le dijo: *«¿Acaso podrán revivir estos huesos?»*. ¡Oh, Señor! le dice el profeta: Tu lo sabes.

¿Qué significado tiene esta visión? El mismo profeta nos lo dice y nos da la clave para comprenderlo, pues termina diciendo: *«Estos huesos son la casa de Israel»*. Hemos de advertir que los israelitas según su largo destierro en Babilonia se dejaban de llevar del desalien-

to, y se decían: «*Nosotros somos un pueblo muerto, somos como sepultados en medio de los paganos. No hay esperanza para nosotros.*

El campo de esqueletos y de tantos huesos secos representa al pueblo de Israel abatido. Los judíos son como esqueletos sin vida, cuyas sepulturas son los pueblos entre los cuales están dispersados; un día los sacará Dios de ellas y los traerá a su patria de origen, y así lo dice por el profeta: «*Yo os sacaré de vuestros sepulcros y os traeré a la tierra de Israel*».

¿Quién no está viendo que ese pueblo de Israel va saliendo ahora de entre los pueblos donde ha estado como sepultado y se va juntando en la antigua Palestina con el nombre de «Israel»? Está profetizado que Dios los irá juntando en torno de Jerusalén y después tendrá lugar su conversión.

2ª Lectura: Rom. 8,8-11

San Pablo nos dice que en los verdaderos cristianos habita el Espíritu de Dios, y los que viven según este Espíritu son los que agradan a Dios, o sea, los bautizados, los que dejan de vivir según la carne o inclinaciones del pecado.

Notemos que San Pablo nos habla con frecuencia del «Espíritu de Dios» y del «Espíritu de Cristo», lo que quiere decir que el «Espíritu Santo» es a la vez Espíritu de Dios Padre y Espíritu de Cristo. Y de este Espíritu, dice el apóstol, que habita en nosotros. Esta inhabitación es la presencia de Cristo en cada uno de los fieles por su Espíritu (y consiguientemente de toda la Santísima Trinidad)...

La inhabitación del Espíritu Santo deposita en nosotros el germen de la vida espiritual o vida inicial de la gracia y de santidad que debe irse desarrollando hasta que llegue la vida consumada de la gloria. La presencia de Cristo en nosotros acarrea un doble efecto: *para el cuerpo* en cuanto amortigua las pasiones de la carne..., y *para el espíritu,* en cuanto nuestra alma queda vivificada y santificada por la gracia...

Hemos de reconocer que carne y espíritu, en el sentido explicado, tinieblas y luz, pecado y gracia son incompatibles, y el cristiano debe seguir el camino de los verdaderos hijos de Dios.

3ª Lectura: Jn. 11,1-45

En esta 3ª lectura del Evangelio de San Juan se nos narra la resurrección de Lázaro, hermano de Marta y María, amigos los tres de

Jesús. Vivían en Betania, pueblo distante de Jerusalén unos tres kilómetros.

Este milagro es uno de los hechos más prodigiosos de la vida de Jesús, pues al resucitar a Lázaro, después de cuatro días muerto, demostró que Él era el dador de la «vida», que tenía un poder propio de Dios, y que era Dios.

Jesús, al saber que estaba enfermo Lázaro, no fue enseguida a Betania, para hacer resaltar más el milagro que iba hacer al resucitarlo.

Cuando llegó a Betania y fue al sepulcro, dijo a los acompañantes: *«Quitad la piedra»* (es lo único que podían hacer), solamente Él era el que podía hacer más, Él podía hacer el milagro de resucitarlo, y lo hizo porque era Dios *«para que todos crean»*... Y muchos de los judíos que allí estaban creyeron en Jesús... y los opuestos a Jesús con Caifás decían: *«¿Qué hacemos, que este hombre hace muchos milagros?»*... Pues ¿qué habían de hacer si no reconocerlo y seguirle y proclamarlo también como Dios que era?...

Hoy hay muchos muertos «espiritualmente por el pecado, y la Iglesia os invita a salir de él en este tiempo mediante una confesión sincera...

SEMANA SANTA

Hay una semana en el año en que la Iglesia celebra la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor. Esta es la llamada «Semana Santa».

Jesucristo por medio de su pasión, muerte, resurrección y ascensión efectuó la redención del género humano.

El pecado hace al hombre enemigo de Dios y sujeto a su castigo; para obtener su perdón fueron necesarios los méritos infinitos de la Pasión de Cristo, la que vamos a meditar estos días.

DOMINGO DE RAMOS

Con este domingo empieza la Semana Santa, la semana de los grandes misterios. La Iglesia nos recuerda en este día con sus ceremonias y la bendición de ramos, el espectáculo de un triunfo glorioso, el del Mesías, presenciado por el pueblo de Jerusalén en las vísperas de su muerte.

A tres kilómetros de Jerusalén está Betania, donde entonces se

hallaba Jesús, y próximo a Betania está un pequeño poblado o aldea, llamada Betfagé, donde hoy puede verse una capilla en cuyas paredes se leen los textos referentes a este hecho de la entrada de Jesús en Jerusalén, el domingo de Ramos.

Jesús es el Príncipe de la Paz, como le llama el profeta Isaías, y su entrada la hace sin tropas ni armas y tal como ya lo tenía anunciado cinco siglos antes el profeta Zacarías (9,9), subido en un borriquillo (pues no había otros medios de comunicación, y estos fueron los utilizados por Abraham, por Moisés y el llamado profeta de Balam.

Así, montado en tan humilde cabalgadura y rodeado de sus discípulos, Jesús se encamina para entrar en Jerusalén. El cortejo se incrementó con las gentes que le acompañaban desde Betania y las que le salieron al encuentro desde Jerusalén, y cortando ramos de aquellos olivos que entonces coronaban aquel monte, los arrojaban a sus pies por donde iba pasando juntamente con sus ropas, y le aclamaban con entusiasmo y gritando: *«Hosanna al Hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor».*

Jesús lloró

Cuando pasaba por el monte de los Olivos, desde cuya ladera se domina la ciudad de Jerusalén, el Señor derramó lágrimas, y hoy puede verse allí edificada una capilla, que se llama «Dominus flevit» = «El Señor lloró». Entonces fue cuando dijo: *«Si tu conocieras en este día lo que podía traerte la paz... pero todo está oculto a tus ojos... Vendrán días sobre ti en que tus enemigos te cercarán con trincheras, y te estrecharán y apretarán por todas partes y te derribarán por tierra a ti y a tus hijos dentro de ti y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo en que has sido visitada».*

Y sabido es como el año 70 se cumplió esta profecía, porque vinieron los ejércitos romanos al mando de Tito y arrasaron la ciudad y murieron casi todos dentro de ella...

Hoy después de veinte siglos, en nuestras ciudades y pueblos celebramos el «Domingo de Ramos» y recordamos aquella entrada triunfal de Jesús, y los niños de ahora como los de entonces, en las procesiones que se organizan, dicen también: «Bendito el que viene en nombre del Señor».

Las actitudes de las gentes

Hoy, como en aquella época, podemos distinguir tres actitudes diferentes:

1) *Los incondicionales de Cristo,* los que dan tales muestras de cariño con sus ramos, sus hosannas y vivas hasta enronquecer...

2) *Los indiferentes,* que miran con curiosidad a las gentes que pasan, y ven todo como ajeno a ellos...

3) *Los enemigos de Cristo,* los que se recomen de envidia y hasta blasfeman y quisieran que no se oyeran «vivas» a Él. Son los que se dirijen a Cristo para decirle: *«Maestro, manda callar a las turbas»,* y Cristo, al ver que quieren impedir aquella manifestación, les dice: *«Si estos callaren, las piedras darían gritos de bendición y de triunfo».*

Hoy tampoco faltará el grito satánico: *«No queremos que Éste reine sobre nosotros»,* pero nosotros diremos *«venga a nosotros tu reino»...*

La Pasión de N. S. Jesucristo

Breves reflexiones

¿Como es posible que un Dios muera por el hombre? ¿Cómo es posible que se haya hecho hombre sólo para poder sufrir por nosotros? ¿Podremos darnos una idea de este gran misterio? A este fin meditemos: ¿Quién es Dios y quién es el hombre?

Dios es el sumo poder, la suma grandeza, la suma sabiduría, y el hombre es la impotencia, la suma debilidad y la suma dependencia del Creador.

Se comprende que el hombre haya sido creado para servir a Dios y sacrificarse por Él, y en esto consiste su dicha y su gloria; pero... ¡que un Dios que no necesita del hombre, se sacrifique y muera por el hombre! Esto es algo incomprensible.

¿Cómo explicar este misterio? Sólo se explica a la luz de la misericordia infinita de Dios: *«¡Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo!»*

Jesucristo dijo que *«no había mayor prueba de amor que la de dar la vida por sus amigos»* (Jn. 15,13)... y ¿cuál no será morir por sus enemigos, tan viles e ingratos?; y por si fuera poco, no derramar una sola gota de sangre, que hubiera sido suficiente para la redención, por ser de valor infinito, sino ¡toda!

La Pasión, pues, es obra de su infinito amor. Bien podemos cada uno de nosotros exclamar con San Pablo: *«Me amó y se entregó a la muerte por mi»* (Gál. 2,20).

¡Un Dios que sufre y muere por el hombre! Esta es la meditación y consideración continua de los santos y el más poderoso motivo de su amor.

Confiemos mucho en el amor y misericordia infinita de Dios; pero a su vez, si no correspondemos a tanto amor, temamos... *«Temed a Dios y dadle honor»...*

Apartarse de Dios por el pecado y condenarse es una ingratitud, es culpabilidad... ¿Qué más podía haber hecho Dios por mi y por todos los hombres?...

JESUS EN LA CRUZ. SUS SIETE ULTIMAS PALABRAS

Primera palabra: Jesús en la cruz decía: *«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»* (Lc. 23,34).

Los que pasaban junto a la cruz, al verlo crucificado, se burlaban de El diciendo: A otros ha salvado y no es capaz de salvarse a sí mismo. Si es Hijo de Dios, que baje de la cruz y creeremos en El. Y los magistrados también decían: ¡Sálvese a sí mismo, si es el Cristo de Dios, el Elegido!... También los soldados se burlaban de El y se acercaban para ofrecerle vinagre...

Notemos la actitud de Jesús: El entregado en manos de los pecadores, escupido, azotado, coronado de espinas, clavado en la Cruz, tiene delante a tantos blasfemos, y a cuantos le injurian... y con la palabra que acaba de pronunciar: «Padre, perdónales...», nos enseña a vengarnos de nuestros enemigos con la oración, la caridad, el perdón... Porque Jesús era Dios, demostró tener una paciencia infinita con los pecadores, permaneciendo en la cruz hasta morir, por librarnos a nosotros de la muerte eterna.

Segunda Palabra: *«Hoy estarás conmigo en el Paraíso»* (Lc. 23,43).

Jesús fue crucificado entre dos malhechores, y uno de ellos también le insultaba diciendo: ¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti y a nosotros. El otro, reconociendo entonces que Jesús era Dios, le dice a su compañero: «¿Ni siquiera tú temes a Dios, ya que estás en el mismo suplicio? Nosotros estamos con razón, pues recibimos el pago digno de

lo que hicimos; pero Este no hizo nada malo». Y reconociendo que padecía justamente por sus pecados y que Jesús era inocente, añadió: *Señor, acuérdate de mí,* no te acuerdes ya de mis pecados que detesto y confieso públicamente, acuérdate de este pecador arrepentido, *cuando estuvieres en tu reino».* Y por esta confesión, mereció no un simple recuerdo, sino la eterna recompensa del cielo: *«Hoy estarás conmigo en el Paraíso».*

Tercera Palabra: *Dijo a su Madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Y luego al discípulo: Ahí tienes a tu Madre* (Jn. 19,26,27).

La Virgen está en pie junto a la cruz de su Hijo Jesús, y Este nos dice en la persona del discípulo amado: *«Ahí tienes a tu Madre».* He aquí el último don de Jesús a los hombres en su vida mortal. Ella es la Madre espiritual de todos los que viven la verdadera vida de la gracia, la Inmaculada, la Madre de Dios, la bendita entre todas las mujeres... *«Dios te salve, llena de gracia»...*

Notemos que Jesús no abandonó a su Madre, y encarga a San Juan que cuide de Ella. Esta es prueba evidente de que Jesús no tuvo «hermanos» que pudieran cuidar de su Madre después de muerto El.

Cuarta Palabra: *¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?* (Mt. 27,46).

Desde la hora sexta (que corresponde al mediodía) vino una oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora de nona (las tres de la tarde), y sobre esta hora gritó Jesús con gran voz: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» Misterio profundo ver a Jesús abandonado a las befas, azotes y sufrimientos... y todo esto, ¡por qué? Porque el amor lo impulsó a redimirnos así.

Jesús apareció entonces como abandonado, para que Dios no nos abandone jamás en nuestros pecados.

Quinta Palabra: *«Tengo sed»* (Jn. 19,28).

Sabiendo Jesús que ya todo estaba acabado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: *«Tengo sed»* (Sal. 69,22).

Jesús, debido a sus largos padecimientos, es indudable que experimentó sed material..., pero estas palabras tienen a su vez un sentido más elevado: sed espiritual de la salvación de las almas. Nos quiso demostrar lo mucho que nos amaba y quiso expiar en nosotros esa sed insaciable de riquezas, placeres sensuales y honores. Nuestro deber es aplacar esa sed de Jesús con lágrimas de arrepentimiento.

Sexta Palabra: *(La Escritura) ¡está cumplida!* (Jn. 19,30).

Todas las profecías sobre la Pasión quedaban cumplidas, especialmente los salmos 22 y 69, e Isaías 53,incluso el reparto de las vestiduras y sorteo de la túnica, que Jesús presenció, vivo aún, desde la cruz, y quedó cumplido el plan de Dios para redimir al hombre.

¡Ojalá que a la hora de nuestra muerte podamos decir: «Todo está cumplido»; mis deberes para con Dios, para con el prójimo, para conmigo mismo!

Séptima Palabra: *«Padre, en tus manos entrego mi espíritu»* (Lc. 23,46).

Entonces Jesús clamó con gran voz: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu». Dicho esto, expiró.

He aquí la última plegaria de Jesús. Se abandona en las manos del Padre. Pronuncia estas palabras con «grande voz», para demostrar que El era el dueño de la vida y de la muerte... y que moría por sola su voluntad.

Cristo nos enseña a vivir y a morir. Esta es la ciencia esencial. Aprendamos de El.

TIEMPO PASCUAL

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Introducción

El Domingo de Pascua de Resurrección es «la fiesta más solemne» del año litúrgico. «Éste es el día que hizo el Señor, alegrémonos. Aleluya». La palabra hebrea «aleluya» (Allelú-Yah) literalmente significa: «Alabad al Señor», y la Iglesia la repite en este tiempo como vivas a nuestro glorioso Redentor, el cual, como dice San Pablo, *«resucitó para nunca más morir»* (Rom. 6,9).

Ahora, cada domingo, recordamos esta gran fiesta, pues el «domingo», llamado «día del Señor», continúa siendo la fiesta principal del cristianismo, día especial para honrar al Señor, porque *«Jesucristo resucitó el primer día de la semana»*. Como dice el sagrado texto: «pasado el sábado», al día siguiente domingo, «muy de madrugada», resucitó el Señor.

Jesucristo resucitó

Éste es el mayor de los milagros, el dogma fundamental del cristianismo. Si éste fuese falso, serían falsos los demás y vana sería nuestra fe, como dice San Pablo (1 Cor. 15,14); mas es menester confesar que la resurrección de Cristo es un acontecimiento real que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas como lo atestigua el Nuevo Testamento.

Jesucristo resucitó «por su propia virtud», demostrando que es dueño de la vida y de la muerte. Si a veces dice la Escritura que «fue resucitado por Dios», esta afirmación hay que entenderla en razón de su naturaleza humana, o sea como hombre.

Para demostrar que Jesucristo resucitó, hemos de probar que primero murió y luego se mostró vivo.

1) **Jesucristo murió**

—Los cuatro Evangelios, al hablar de la Pasión de Jesucristo, nos dicen que *expiró* en una cruz (Mt. 26,56).

—Los judíos rogaron a Pilato que rompieran las piernas de Jesús y de los crucificados con Él, para que terminasen de morir y quitarlos de las cruces. Fueron los soldados y a los crucificados con Jesús les rompieron las piernas, *«pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas»* (Jn. 19,31-33).

—Después colocaron el cuerpo de Jesús en un sepulcro y como sus enemigos sabían que había profetizado que al tercer día resucitaría (Mt. 17,22; 27, 63 ss), pusieron guardia en el sepulcro después de haber sellado la piedra (Mt. 26,66).

2) **Jesucristo luego se mostró vivo**

—Primeramente un ángel lo atestiguó al decir: *«Resucitó, no está aquí»* (Mc. 16,6), y resucitó según lo había predicho, pues varias veces le dijo a sus apóstoles: *«El Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de los hombres, que le matarán y al tercer día resucitará»* (Mt. 17,22-23).

—Además tenemos las circunstancias del sepulcro sellado y luego vacío, el testimonio de los guardias. Los enemigos de Cristo, los jefes de Israel recurren a «testigos dormidos», y le dan dinero a los guardias para que digan que mientras estaban dormidos, sus discípulos lo robaron. Comentando este hecho San Agustín, exclama: «¡Oh infeliz astucia! Decís que cuando los guardias dormían, lo robaron... Si estaban dormidos, ¿cómo pudieron ver?, y si nada vieron, ¿cómo pueden ser testigos?». El que es la Vida y vino a dárnosla, no podía morir para siempre.

—*La tumba vacía y las apariciones de Jesús*, que fueron muchas, son hechos realmente comprobados por la historia. Sabemos que se apareció a la Magdalena (Mc. 16,9), a Pedro (Lc. 24,34); 1 Cor. 15,5), a las piadosas mujeres en el camino (Mt. 28,9), a los discípulos de Emaús (Lc. 25,13-32), a los discípulos en presencia de Tomás (Jn. 20,26 s) y a más de 500 discípulos a la vez (1 Cor. 15).

—Los apóstoles además iban dando testimonio de la resurrección de Jesús con gran valentía (Hech. 1,22; 2,24; 3,15, etc.).

En consecuencia: *«Cristo resucitó, no está aquí»*. Este fue el anuncio del ángel, y que hoy puede verse puesto sobre el mismo sepul-

cro de Cristo en Jerusalén. ¡Epitafio único en el mundo! En todos los demás: *Hic iacet*. Aquí yace...

También hemos de añadir que las muchas apariciones de Jesús fueron *reales e históricas*, y *no imaginativas* como algunos racionalistas se han atrevido a decir, y confirman la resurrección de Jesús, porque *fue tocado y visto* por los apóstoles y multitud de fieles, no pudiéndose decir, como también algunos han pretendido, que «el entusiasmo de la fe los exaltaba», pues no se mostraron crédulos, sino después de tener innumerables pruebas sobre el hecho. La resurrección de Cristo es el fundamento de nuestra fe.

Cristo ha resucitado, y nosotros resucitaremos (1 Cor. 15)

«Resurrección» es lo mismo que «vuelta a la vida» o a la unión del cuerpo y del alma. En el *Símbolo apostólico* o nuestro Credo ordinario decimos: «Creo en la resurrección de la carne»..., y en el *Símbolo Atanasiano* se nos habla de la resurrección universal de este modo: *«Cuando venga el Señor, todos los hombres resucitarán con sus cuerpos».*

Hasta entonces, por tanto, permanecerán nuestros cuerpos en el sepulcro, y entonces saldrán de ellos los que han obrado el bien para la resurrección de la vida, y los que han obrado mal para la condenación» (Jn. 5,28-29).

El Concilio IV de Letrán también nos dice que todos los hombres buenos y malos resucitarán «con los mismos cuerpos que ahora tienen». Todo esto tiene su fundamento en la Palabra de Dios, pues la Biblia afirma que sólo habrá verdadera resurrección cuando el mismo cuerpo que muere y se descompone sea el que revive de nuevo, y así lo dice el apóstol al particularizar de este modo; «Este ser mortal se revestirá de inmortalidad...».

En el *Credo del Pueblo de Dios* decimos: «Creemos... que la muerte será definitivamente vencida el día de la resurrección cuando las almas se unan de nuevo a sus cuerpos».

Nosotros creemos en la resurrección final, porque la resurrección de Cristo es fundamento de la nuestra. Él ha resucitado y nosotros resucitaremos.

Jesús murió en una cruz. Sus enemigos al verlo expirar cantaron victoria, pero les duró poco. Al amanecer del domingo resucitó. Este triunfo de Cristo es nuestro triunfo. Entonces dice el Evangelio de hoy, los apóstoles entendieron la Escritura que dice: *«que Él había de resucitar de entre los muertos»* (Jn. 20,9).

Saquemos la consecuencia de estudiar las Escrituras Santas, porque ellas nos hablan de Cristo, y como decía San Jerónimo: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo». A Él sea dado todo honor y gloria.

Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera

Advertencia sobre el día de Pascua de Resurrección

Esta fiesta debía caer en un día fijo del año, sino hubiera un año bisiesto, y como la fiesta de la Pascua es la más importante del cristianismo y la mayor de las fiestas, para saber en qué día de cada año se celebra conviene saber que el domingo de Pascua es el primer domingo después de la primera luna llena posterior al 21 de marzo.

Por esto, la fecha más temprana posible para la Pascua es el 22 de marzo y la más tarde el 25 de abril. Esta fecha fue fijada desde el Concilio de Nicea el año 325.

DOMINGO 2º DE PASCUA (A)

1.ª Lectura: Hech. 2,42-47

En esta lectura se nos pone de manifiesto una bella escena que refleja la manera de vivir de los primeros cristianos que formaban la Iglesia naciente, y sus características eran:

1) **Constancia en escuchar las enseñanzas** o instrucciones de los apóstoles. Éstos, pues, aparecen como cumplidores de la misión que Jesucristo les había dado: *«Id y enseñad a todas las gentes...»*, y además confirmaban su doctrina con muchos prodigios y milagros, obrados entonces en Jerusalén por lo que estaban todos muy impresionados.

2) **Vida en común** en la «fracción del pan», en las oraciones, en la ayuda y comunicación de bienes. Pues *«vendían posesiones y bienes y los repartían según la necesidad de cada uno»*.

A diario acudían al templo todos unidos, celebraban la «fracción del pan» (lo que ahora llamamos Misa), y comían juntos alabando a Dios con alegría. Eran bien vistos de todos y esto hacía que fueran en aumento los creyentes.

Notemos la vida que llevaban aquellos primeros cristianos (digna de ser imitada por nosotros), vivían todos unidos y en comunión de bienes. Aquel comunismo era fruto de la caridad fraterna, mientras que

el moderno, que se ha ido desmoronando (por ser ateo) trae origen del odio de clases y de la injusticia social. La cuestión social se puede resolver con justicia y caridad. Todos tenemos que trabajar y confiar en la Providencia de Dios...

2.ª Lectura: 1 Ped. 1,3-9

«Bendito sea Dios». Esta expresión equivale a «alabado sea Dios». A Él le debemos alabar y adorar, porque Él es el autor de nuestra vida, de nuestra existencia, y no sólo de nuestra vida natural, sino también sobrenatural, pues es autor de toda gracia, la que ha querido comunicarnos por medio de Jesucristo, de su palabra, el Verbo encarnado, pues se encarnó para poder sufrir, morir y resucitar para nuestra redención.

«Jesucristo, dice San Pedro, nos ha hecho ''nacer de nuevo'', y de hecho ahora por el bautismo instituido por Él,, renacemos a una vida nueva, la vida de la gracia, que nos sostiene en espera de la herencia reservada en el cielo... La vida nueva se vigoriza en las pruebas, y por eso nos dice el apóstol: *«Alegraos de ello, aunque de momento tengáis que sufrir un poco...»*.

3.ª Lectura: Jn. 20,19-31

En este Evangelio de San Juan se nos refieren dos apariciones de Jesús. Notemos que se apareció a ellos en una casa con las puertas cerradas. Este detalle de «cerradas las puertas», tiene también el objeto de demostrar su estado «glorioso», cuyas dotes son: *claridad, agilidad, sutileza e impasibilidad.*

Entonces les confirió el poder de perdonar los pecados... y termina el Evangelio diciendo que Jesús hizo otros muchos milagros que no están en los Evangelios, y los que están son para demostrar que Él es Dios.

Fijémonos ahora en las palabras que dijo Jesús a Tomás: *«Dichosos los que creen si haber visto»*, que nos dan pie para hablar de la fe.

¿Qué es fe? El P. Astete dice: Fe es creer lo que no vimos... y lo creemos por el testimonio de otros. Hay dos clases de fe:

—**Fe humana** es la que se funda en la palabra o testimonio de otros hombres.

—**Fe divina o cristiana** es la que se funda en la palabra de Dios y en la autoridad de la Iglesia que la transmite e interpreta.

Creemos fácilmente a nuestros padres y maestros que nos hablan

de cosas que no hemos visto, y que pueden equivocarse, ¿por qué no vamos a creer a Dios que es infalible? La fe cristiana versa sobre cosas sobrenaturales o suprasensibles. Nos habla del cielo, de la presencia de Jesucristo en la Eucaristía. Y no he visto el cielo, la vida futura con la dicha tan grande que Dios nos promete, ni a Jesús en la Eucaristía. Mi inteligencia, dice S. Tomás, no lo comprende, ni mis sentidos lo ven...; pero creemos, ¿por qué? ¿En qué estriba nuestra fe? Estriba en la autoridad de Dios, del Dios-Hombre, Jesucristo...

¿Quién es Jesucristo? *«¿Quién es Éste que hasta los vientos y el mar le obedecen?»*, decían los apóstoles... Él es Dios, como nos lo ha demostrado con sus milagros y profecías...

Para tener fe, para aumentarla, vivamos en contacto con la Biblia, la palabra de Dios...

DOMINGO 3º DE PASCUA (A)

1.ª Lectura: Hech. 2,14.22-28

Esta lectura comprende parte del discurso que pronunció San Pedro el día de Pentecostés, en el que da testimonio de la resurrección de Jesucristo, y advierte que ésta estaba ya profetizada en el Antiguo Testamento (Sal. 16,10 ss).

Notemos que aquel Pedro, el apóstol cobarde, que un día negó a Cristo por tres veces, una vez lleno del Espíritu Santo se enfrenta al pueblo de Israel y les dice:

«Escuchadme, israelitas: Os hablo de Jesús Nazareno, el hombre que Dios acreditó con grandes milagros, que conocéis (ellos eran sabedores de estos milagros, últimamente el de la resurrección de Lázaro)... *A ese Jesús, os lo entregaron, y vosotros por mano de los paganos, lo matasteis en una cruz... pero resucitó, sigue viviendo...»*.

Luego el apóstol Pedro continúa diciéndoles: «No era posible que la muerte retuviera bajo su dominio el cuerpo de Jesús, porque así lo había profetizado David en el Salmo 16: *«Porque no me entregarás a la muerte, ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción»*. (Así lo afirman los apóstoles Pedro y Pablo, véanse: Hech. 2,24 ss; 13,35).

Como cristianos, alegrémonos de este triunfo o resurrección de Jesucristo, pues si Él resucitó, nosotros también resucitaremos. Procuremos ahora vivir resucitados a la vida de la gracia...

2.ª Lectura: 1 Ped. 1,17-21

Aquí el apóstol nos dice que debemos tomar en serio nuestro proceder de cristianos, y la razón, según el contexto de esta lectura, es porque estamos llamados a ser santos, y lo estamos por el hecho que Dios santo, nos dice: *Sed santos, porque yo soy santo*», y debemos imitarle, cumpliendo su santa ley...

Además debemos tender a la santidad, por haber sido rescatados del pecado no con oro y plata, precios efímeros, sino con un altísimo precio, *con la sangre preciosa de Cristo*, con un precio de valor infinito».

Todo cristiano debe recordar que fue resucitado del «vano vivir» que le habían transmitido sus padres, y se le exige luchar contra las concupiscencias y malos deseos, y de este modo tributar a Dios el honor debido.

Hemos, pues, de tomar en serio nuestro obrar de cristianos haciendo lo que es recto y grato a Dios, procurando no pecar en adelante, y así viviendo una continua resurrección espiritual.

3.ª Lectura: Lc. 24,13-35

Esta lectura comprende el relato que nos refiere San Lucas de la aparición de Jesús a dos discípulos que iban de camino a una aldea llamada Emaús (distante unas dos leguas de Jerusalén).

Jesús se acerca a estos dos discípulos bajo una figura que sus ojos no eran capaces de conocerlo. Ellos van hablando sobre los acontecimientos acaecidos aquellos días en Jerusalén, la pasión y muerte de Jesús. Fijémonos en el relato del Evangelio tan elocuente para todos.

Jesús les dice: *«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?* Ellos se detuvieron preocupados. Y uno de ellos, llamado Cleofás, le replicó: *«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?» Y ¿qué cosas han sucedido?,* les preguntó Jesús.

Y ellos le hablan de Jesús Nazareno, profeta poderoso en palabras y obras ante el pueblo, cómo ha sido entregado a la muerte y crucificado... Nosotros *esperábamos* que Él fuera el futuro libertador de Israel... y ya ves, nadie ha visto al que algunos suponen resucitado... Estos discípulos están tristes, no creen ya en Jesús ni esperan ya nada...

Entonces Jesús les dijo: ¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas... Y comenzando por Moisés les explicó lo que decían de Él los profetas en toda la Escritura...

Una vez que les ha puesto en camino para conocerle mediante las Escrituras... Jesús quiere marcharse... y ellos le apremian para que se quede...al fin le reconocieron... «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo»...

DOMINGO 4.º DE PASCUA (A)

1.ª Lectura: Hech. 2,14.36-41

En esta lectura se nos expone la segunda parte del discurso de San Pedro, predicado el día de Pentecostés al pueblo, en presencia de los once apóstoles que le acompañaban. Él levantó su voz y les dijo:

«Todo Israel esté cierto de que el mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías»... Jesús, por tanto, era el verdadero Dios y Mesías, al que el pueblo judío había crucificado.

Tales palabras al oírlas, les traspasaron el corazón y les movieron al arrepentimiento, y por eso ellos luego preguntaron a Pedro y a los apóstoles: *«¿Qué tenemos que hacer, hermanos?»*. Pedro les contestó:

«Convertíos y bautizaos todos en nombre de Jesucristo, para que se os perdonen los pecados, y recibiréis el Espíritu Santo».

Ellos reconocieron su culpabilidad en la muerte de Jesús, y se convirtieron, cumpliéndose la promesa de salvación valedera para los judíos, y también para los que «estaban lejos», o sea, para los gentiles.

Los que aceptaron las palabras del apóstol, se bautizaron, y en aquel día se incorporaron a la Iglesia unos tres mil.

2.ª Lectura: 1 Ped. 2,20-25

El pensamiento del apóstol Pedro es éste: Jesucristo, siendo inocente, padeció su pasión por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas, y si sabemos soportar el sufrimiento, obrando el bien, estamos haciendo una cosa hermosa ante Dios, imitando a Cristo en su ejemplo, en el que estamos llamados a seguirle.

Y ¿cómo sufrió Él? Cargando con nuestros pecados subió al madero de la cruz, en la que sufrió mucho, como manso cordero. Le insultaban y le decían: *Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz...»*; pero como Dios que era, nos dio ejemplo de infinita paciencia, porque quiso redimirnos con el sufrimiento, y no devolvía el insulto, ni profirió

amenazas en su pasión, antes bien oró y suplicó el perdón, diciendo: *«Padre, perdónales que no saben lo que hacen»*... y así sus heridas nos han curado...

Esta misma doctrina de Cristo la inculcaron después sus apóstoles: *«No volváis mal por mal; devolved bien por mal... No te dejes vencer del mal, antes vence al mal con el bien...»*.

3.ª Lectura: Jn. 10,1-10

Este domingo es el llamado del «Buen Pastor», porque en el Evangelio se nos narran unos versículos de esta alegoría En ella Jesús nos dice: *«Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas...* Yo conozco a mis ovejas (o sea, a los fieles seguidores suyos), y ellas me conocen a mí... Tengo otras ovejas que no son de este rebaño (y éstas son los paganos, los herejes, los pecadores públicos....) Y Él desea formar *«un solo rebaño bajo un solo Pastor»...*

Jesús es «la puerta de las ovejas», puerta de los fieles y de los pastores, puerta de salvación, y a Él deben acercarse por su doctrina... Él busca las almas extraviadas, pues aunque odia al pecado ama infinitamente al pecador, y nos lo demostró con la parábola de la oveja perdida o descarriada imagen del pecador extraviado... y por ella deja las 99 en el aprisco, y va en busca de ella... A todos, como a la samaritana, dice: «Si conocieras *el don* de Dios...». Este don es su gracia, y por eso nos dice: *«Yo he venido para que las almas tengan vida, la vida de la gracia...»*.

Hoy día del Buen Pastor es el día de los pastores de almas. El Papa, los obispos, los encargados de almas, representan a Cristo y al igual que Él van dando la vida y la gastan en bien de los fieles: en la predicación, en el confesionario, en la catequesis, en la cabecera de los enfermos... Oremos por los sacerdotes y por las vocaciones sacerdotales...

DOMINGO 5.º DE PASCUA

1.ª Lectura: Hech. 6,1-7

En esta lectura se nos habla de la elección de los primeros siete diáconos en la primitiva Iglesia: Esteban, Felipe, y otros. El motivo de la elección fue porque iba creciendo cada día la comunidad cristiana, y los apóstoles no podían atender debidamente la predicación de la palabra de Dios.

Estos cristianos, que iban formando la Iglesia, eran ya muchos y todos judíos: unos eran «judíos de la diáspora» o dispersión, venidos sin duda de Alejandría, que hablaban la lengua griega, otros «judíos de Palestina», que hablaban el arameo. Los de lengua griega se quejaron de que sus viudas no eran debidamente atendidas en el suministro diario de los pobres.

Entonces los apóstoles proponen a la comunidad con agrado de ésta, que seleccione a siete varones de buena fama y que se hagan cargo de la administración, quedando así ellos liberados para la oración y predicación...

Presentados a los apóstoles, éstos les imponen las manos orando... La imposición de manos acompañada de la oración se ha considerado como institución del diaconado... Aquellos diáconos cumplieron con la misión no sólo de vigilar la distribución de las comidas, sino de predicar y bautizar como lo hicieron luego Esteban y Felipe...

2.ª Lectura: 1 Ped. 2,4-9

El apóstol San Pedro exhorta a los cristianos a una nueva y más elevada vida, pues al entrar en la Iglesia por el bautismo, se acercan a Cristo, y se van convirtiendo en una casa o templo espiritual, edificado sobre Cristo, como piedra angular.

Cristo es una piedra «viva», piedra que «da vida», cimiento en el que se apoyan los cristianos, y mientras viven en gracia son «piedras vivas», viniendo a circular por Cristo, piedra angular, y por los cristianos, piedras del edificio, una misma savia o vida divina. Los cristianos, piedras vivas, y Cristo fundamento del edificio, forman un gran templo, y no sólo componen un templo, sino que son también sacerdotes o ministros de él...

Notemos que hay dos clases de sacerdocio: el *común* o de los fieles, y el *ministerial o jerárquico.*

Se diferencian en que el sacerdocio «común» es el que reciben todos los fieles por medio del sacramento del bautismo que los incorpora a Cristo, mientras que «el ministerial o jerárquico» lo reciben solamente «algunos de entre los fieles» por medio del sacramento del Orden. Los que reciben este sacramento poseen una «potestad sagrada» (de consagrar, perdonar pecados) de la que carece el simple cristiano.

3.ª Lectura: Jn. 14,1-12

Esta es una lección que nos da Jesucristo al fin de su vida mortal. Habla de Dios Padre, se hace uno con Él y nos dice que Él es el «camino» para ir al Padre. Estas expresiones: Tened fe en Mi como la tenéis en el Padre, *«el que me ve a Mi, ve al Padre». «Yo y el Padre somos uno». «Creedme, Yo estoy en el Padre y el Padre en Mi»,* estas expresiones, digo, nos dicen claramente que Jesús forma con su Padre un solo Dios.

También al decir Jesús: *«Si no creéis en mis palabras, creed en mis obras o milagros»,* confirman su divinidad.

El camino para ir al Padre es Cristo, que dice: *«Yo soy el camino»,* y es camino nuestro en cuanto su vida y doctrina nos conducen a Dios...

«En la casa de mi Padre, dice, hay *muchas moradas»,* y con esto nos enseña que una gran muchedumbre conseguirá la gloria de la casa del Padre, o sea, el cielo.

Jesús les tenía dicho: *«Estad preparados porque en la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre».* Al decir ahora que Él volverá y nos llevará consigo, nos da a conocer que el retorno de Cristo tendrá lugar en la hora de nuestra muerte señalada a cada individuo, y luego en su venida para toda la Iglesia.

DOMINGO 6.º DE PASCUA (A)
«Día del Enferno» (Ved Dom. 6 ciclo B)

1.ª Lectura: Hech. 8,5-17

En el libro de los Hechos de los Apóstoles se nos dice que después de la elección de los siete diáconos de que hablamos el domingo pasado, tuvo lugar una persecución en la que Esteban murió apedreado.

Aquella persecución sirvió de ocasión para que los perseguidores en Jerusalén salieran de esta ciudad y se dispersaran por las regiones de Judea y Samaria a predicar la palabra de Dios. Con esto cumplían la profecía de Cristo: *«Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra»* (Mc. 10,23).

Uno de estos perseguidos fue el diácono Felipe, el cual se fue a Samaría a predicar a Cristo, confirmando la palabra de Dios con muchos milagros, pues allí curó a bastantes paralíticos y lisiados y hasta espíritus inmundos salían de poseídos lanzando gritos.

Enterados los apóstoles de que Samaría había recibido la palabra de Dios, fueron allí Pedro y Juan para administrar el sacramento de la Confirmación, pues estaban sólo bautizados en el nombre del Señor Jesús. (Esta expresión «en el nombre del Señor Jesús», quiere decir: en la autoridad de Jesucristo, y con el bautismo instituido por Él, sin excluir la fórmula trinitaria (Mt. 28,18). Después a los ya bautizados «les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo». (Se puede dar unas ideas del sacramento de la Confirmación de cómo aumenta la gracia y fortalece la fe...) (*Dic.* n.º 471 ss).

2.ª Lectura: 1 Ped. 3,15-18

En esta lectura el apóstol Pedro nos da una instrucción sobre cómo debe comportarse un cristiano frente a sus perseguidores.

Lo primero que debe hacer en medio de las persecuciones es «glorificar a Cristo Señor», es decir, reconocerlo como Señor y como Dios, y cuando se le pida razón de su fe o de su esperanza, deberá estar dispuesto a darla con mansedumbre y respeto, o sea, con suavidad, sin altanería y con conciencia de que dice la verdad; pero también con valentía, ya que Jesús nos dice: *«A todo el que me confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre, que está en el cielo; pero a todo el que me negare delante de los hombres, yo le negaré también le negaré delante de mi Padre...»* (Mt. 10,32.

De este modo nuestros acusadores quedarán confundidos cuando reconozcan nuestra buena conducta y rectitud, y si nos tocase padecer por hacer el bien, alegrémonos, si tal es la voluntad de Dios, pues mejor es sufrir así que padecer haciendo el mal.

La pasión y muerte de Cristo nos sirven de estímulo, ya que siendo inocente murió por los pecados de la humanidad, para llevarnos a Dios.

Cristo murió en la carne, esto es, físicamente, pero resucitó y sigue viviendo. Con estas palabras se nos pone de manifiesto que en Cristo hay dos naturalezas: la mortal de su carne, y la divina de su Espíritu.

3.ª Lectura: Jn. 14,15-21

Aquí se nos refieren parte de las palabras de la despedida de Jesús a sus apóstoles, a los que les viene a decir:

1) *Que perseveren en su amor,* amor efectivo y verdadero, que se manifiesta en la guarda de sus mandamientos, pues el que acepta los mandamientos de Dios, ese es el que ama de verdad a Dios, porque

cumple su voluntad, y ese es el que ama a Cristo y al Padre, pues ambos son un solo y único Dios.

2) *Perseverando en este amor,* que es vida de gracia, Jesús les promete enviar el Espíritu Santo (que procede del Padre y del Hijo, y con ellos forman un solo Dios), y Él mismo volverá porque no los dejará huérfanos.

El Espíritu Santo es el *Paráclito,* el Espíritu de verdad. «Paráclito» es la palabra griega y significa «abogado» de los pecadores, y literalmente «el que es llamado en auxilio» como defensor, intercesor, dispensador de ayuda...

El Espíritu Santo es «Espíritu de verdad», que comunica la verdad... Debemos tener presente que somos templos de Dios mientras no lo arrojemos de nosotros por el pecado mortal.

ASCENSIÓN DEL SEÑOR

(Domingo 7.º de Pascua)

En este 7.º domingo de Pascua celebramos la fiesta de la Ascensión o subida de Jesucristo al cielo desde el monte de los Olivos, la que tuvo lugar cuarenta días después de su resurrección.

Al Este de la ciudad de Jerusalén, y separado de ella por el torrente Cedrón o valle de Josafat, se halla el monte de los Olivos, en el que el Señor mandó a sus apóstoles que se reunieran para darles sus últimas instrucciones.

Estando los apóstoles reunidos en este monte, les dijo que no se alejaran de Jerusalén, porque les enviaría el Espíritu Santo prometido (el que los cambiaría de ignorantes en sabios y les enseñaría todo y traería su memoria cuantas cosas le había dicho), y entonces les dijo:

«Se me ha dado poder en el cielo y en la tierra; id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta el fin del mundo» (Mt. 28,18-20).

Jesús, después de haber dado a sus apóstoles el poder de perdonar pecados y de las últimas instrucciones, estando en el monte de los Olivos, les bendijo, y mientras los bendecía, se elevó y una nube lo ocultó a sus ojos.

Mientras estaban mirando al cielo, fija la vista en Él, dos ángeles

se le aparecieron y les dijeron: *«Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús, que ha sido elevado de entre vosotros al cielo, vendrá así como le habéis visto subir al cielo»* (Hech. 1,8-12).

En el «Credo del Pueblo de Dios» decimos: «Creemos que N.S. Jesucristo subió al cielo y vendrá de nuevo con gloria para juzgar a vivos y muertos, a cada uno según sus obras».

El templete del monte

En la parte alta del monte de los olivos hay un templete, que cobija el lugar mismo desde el que Jesús subió al cielo, o sea, la roca donde pisó por última vez y en ella dejó grabadas las huellas de sus pies. San Jerónimo en el siglo IV, dijo que él las había besado, y una de ellas ya estaba desgastada de los besos que le habían dado.

La ASCENSIÓN de Jesús al cielo hace que las mentes y los corazones de los hombres se eleven por encima de todo lo terreno. Él subió al cielo donde su humanidad fue glorificada a la derecha del Padre, y como sacerdote eterno vive siempre para interceder por nosotros (Heb. 7).

A la derecha de Dios Padre

La expresión *«estar sentado a la derecha de Dios Padre»* no es palabra propia para expresar esta realidad ya que el Padre no tiene derecha o izquierda, ni manos porque es espíritu puro. Así como aquí en la tierra el que tiene más poder, después del rey, se sienta a su derecha, así de Jesucristo, por tener más poder que nadie después de Dios se dice que está sentado a la derecha de Dios Padre, con autoridad, como en trono, y esto en cuanto hombre, porque en cuanto Dios, como es igual al Padre, y uno con el Padre (Jn. 10,30), tiene la misma autoridad y se sienta en el mismo sitio que el Padre. Por eso dijo Jesucristo: *«Se me ha dado poder en el cielo y en la tierra»* (Mt. 28,18).

La Ascensión es el triunfo de Cristo. Toda su vida fue humillación y sacrificio, desde su nacimiento hasta su muerte en la cruz. Se comprende, pues, la gloria que merecía por sus humillaciones. Su triunfo es nuestro triunfo... Él subió al cielo, y nosotros vivamos con la esperanza de ir a él, porque Jesucristo nos ha abierto sus puertas... La Ascensión del Señor nos hace gritar: *«Sursum corda!»* ¡Arriba los corazones!...

Pensamos poco en el cielo, y debemos pensar en él, porque la vida presente se acaba en breve, y la verdadera felicidad no está en la tierra,

que es un valle de lágrimas, sino en el cielo, donde ya no habrá lágrimas ni dolor, ni sufrimiento, y tan grande es la felicidad del cielo, que no es posible describir su grandeza, y por eso dice el apóstol que *ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman.*

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

Celebramos hoy la fiesta de Pentecostés. Diez días después de subir Jesús al cielo, celebraban los judíos esta fiesta. «Pentecostés», por tanto, es una fiesta litúrgica celebrada por judíos y cristianos.

La fiesta judía de Pentecostés era la llamada «de la cosecha», porque en ese día los judíos ofrecían a Dios las primicias de la recolección y también solían conmemorar la promulgación de los diez Mandamientos en el monte Sinaí.

La Pentecostés cristiana la celebramos a los cincuenta días de la resurrección de Cristo, y en ella recordamos la venida del Espíritu Santo.

En los Hechos de los Apóstoles leemos que «al cumplirse el día de Pentecostés y cuando estaban todos juntos», es decir, los doce apóstoles (pues acababa de ser elegido Matías para ocupar el puesto vacío de Judas: 1,26) con la Virgen María (1,14), se produjo de repente un ruido proveniente del cielo, y era como una teofanía o manifestación de Dios, que nos habla de la presencia del Espíritu Santo, para nosotros inexplicable.

Lo *visible* de aquella manifestación era *como* un viento fuerte que sopla, *como* unas llamaradas, unas lenguas *como* de fuego... es decir, algo parecido, cuyas lenguas se posaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos del Espíritu Santo.

Celebrando precisamente en aquel día los judíos su fiesta y siendo grande el número de los que allí residían y forasteros de otras naciones, corrieron al lugar donde se produjo aquel ruido como de viento impetuoso, y se encuentran con la sorpresa de que los apóstoles usan lenguas distintas, las lenguas de los distintos pueblos que allí se habían congregado... y ellos decían estupefactos: *«los oímos hablar en nuestras propias lenguas las grandezas de Dios».*

Pentecostés hizo de la Iglesia la anti-Babel, la ciudad en que «los pueblos divididos por el odio y el pecado se congregaron para que las diversas lenguas encontrasen su unidad en la confesión del nombre de Dios».

¿Qué sabemos del Espíritu Santo?

El apóstol San Pablo preguntó un día a sus discípulos de Efeso si habían recibido el Espíritu Santo, y le contestaron: *«Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo»* (Hech. 19,2). Si a muchos cristianos de nuestros días hiciéramos la misma pregunta, ¿no obtendríamos idéntica respuesta?

El Espíritu Santo es poco conocido. Hablamos poco de Él, y sin embargo es «el alma de la Iglesia»... Es cierto que la Iglesia invoca al Espíritu Santo en actos importantísimos como en el Cónclave, en Concilios, Ordenación sacerdotal, etc. y que los cristianos los invocamos cada día al hacer la señal de la cruz: «En el nombre del Padre y del hijo y del ESPÍRITU SANTO»; pero ¿reflexionamos debidamente al hacer esta invocación?

«De todas nuestras devociones, dijo Pablo VI, la del Espíritu Santo debería ser la primera», y también dijo: «La Iglesia tiene necesidad de su Pentecostés permanente; ...tiene necesidad de fuego en el corazón, de ser templo del Espíritu Santo, es decir, de limpieza total y de vida interior... Del Espíritu Santo en nosotros, en cada uno de nosotros, y en todos nosotros juntos, en nosotros-Iglesia»...

¿Quién es el Espíritu Santo?

El Espíritu Santo es la 3.ª Persona de la Santísima Trinidad, que procede del Padre y del Hijo, y es Dios como ellos, porque Él conoce las cosas de Dios (1 Cor. 2,11; Hech. 5,3-4).

Es una Persona, por la fórmula trinitaria del bautismo, donde es equiparado el Espíritu Santo al Padre y al Hijo, que realmente son Dios, y porque se le atribuye las propiedades de *enseñar* (Jn. 14,26), *hablar* (Jn. 16,13), *dar testimonio* (Jn. 15,26), *predecir acontecimientos futuros,* propiedades personales.

Los efectos del Espíritu Santo fueron grandes en los apóstoles. Antes ignorantes, orgullosos, ambiciosos, cobardes, llenos de defectos, quedan iluminados, y luego los vemos humildes, pacientes, enérgicos y valientes como un San Pedro que se enfrenta, una vez lleno del Espíritu Santo, a las multitudes y les dice: *«Varones israelitas: Jesús de Nazaret, a quien vosotros matasteis... sabed que ha resucitado y Él es el Señor y Mesías...»,* y aquellos que le oyeron, se compungieron y se convirtieron unos tres mil... (Recomiendo mi libro: *«¿Quién es el Espíritu Santo?»).*

DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Celebramos hoy el misterio más grande del cristianismo, el misterio de la Santísima Trinidad, misterio de un solo Dios en tres Personas, que se llaman: Padre, Hijo y Espíritu Santo Y aunque el Padre es Dios y el Hijo es Dios y también el Espíritu Santo es Dios, sin embargo, no son tres dioses, sino un solo y único Dios.

«Misterio incomprensible e inefable» es éste, como lo llama el Concilio IV de Letrán, pero aunque no lo comprendamos (porque lo infinito no cabe dentro de nuestro limitado entendimiento) al ser una doctrina clara en la Biblia, la debemos creer, precisamente porque está en la Biblia, o sea, revelada por Dios y porque la Iglesia nos la enseña.

Jesucristo nos reveló este misterio al decir a sus discípulos: *«Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»* (Mt. 28,19).

También aparece en el bautismo de Jesús revelado este misterio con la distinción clara de las tres Personas: *El Padre* en al voz que se oyó desde el cielo, *el Hijo* que se bautiza, y *el Espíritu Santo* en forma de paloma (Jn. 3,16-17).

Hay un solo y único Dios

En toda la Biblia se nos habla de un solo Dios, y que el Padre es Dios, y también lo es el Hijo y también lo es el Espíritu Santo...

Dios es el que dio sus mandamientos al pueblo por medio de Moisés e intercede por el pueblo diciendo: *«Reconoce hoy y medita en tu corazón que el Señor es el único Dios, allí arriba en el cielo y aquí abajo en la tierra, no hay otro». «Soy Yahvé, el único»* (Is. 45). *«Sepan todos los pueblos de la tierra que el Señor es Dios y no hay otro»* (1 Rey. 8,6).

Y San Pablo nos dice también claramente: *«No hay más que un solo Dios»* (1 Cor. 8,4).

Para entender el misterio de la Trinidad

He aquí algunas analogías o semejanzas aunque imperfectas: vg. *Nuestra alma con sus tres potencias:* memoria, entendimiento y voluntad en una sola esencia del alma. *Un solo pensamiento* puede hallarse en la mente de tres hombres. *Un árbol con tres ramas,* éstas distintas y sólo una raíz y tronco. *El ramito de trébol.* San Patricio se valió para declarar este misterio de los irlandeses del trébol que tiene tres hojitas

en un solo ramito. Dicha planta es símbolo de la Santísima Trinidad y emblema de los católicos irlandeses.

¿Qué tienen de común las tres divinas Personas?

Las tres divinas Personas tienen en común: la esencia, los atributos o perfecciones y las obras. Estas últimas, o sea, la creación, la redención y la santificación, son una obra común a las tres y esto se deduce de la unidad de esencia y potencia. No obstante, *por apropiación,* o sea, por afinidad y cierta semejanza con las propiedades de las Personas, debidas a su origen, se le atribuye al Padre *«la creación»* del mundo; al Hijo, *«la redención»* de los hombres y al Espíritu Santo, la *«santificación».*

Las tres se distinguen por su origen: *El Padre* es la 1.ª Persona, porque no tiene origen ni procede de otra; *el Hijo* es la 2.ª, porque procede del entendimiento del Padre, y el *Espíritu Santo* es la 3.ª, porque procede del amor del Padre y del Hijo como de un solo principio. Él es el *Espíritu del Padre* (Mt. 10,20) y es el *«Espíritu del Hijo»* (Gál. 4,6). Son relaciones distintas que se identifican con la esencia divina.

¿Como explicar que una Persona no sea mayor que otra si una procede de otra? Porque es una y misma la naturaleza divina, y son eternas, porque en esa procedencia se excluye toda sucesión de tiempo. Este proceder no es temporal, sino eterno, pues si en el tiempo se añadiera algo a Dios, dejaría de ser «inmutable» y no sería Dios.

Un ejemplo aclaratorio: «El fuego produce su resplandor, el cual existe desde el mismo instante en que existe el fuego. Si hubiera un fuego eterno, eterno será su resplandor». Ahora bien, el Hijo es el resplandor de la gloria del Padre, y la imagen de su sustancia (Heb. 1,3). Luego la imagen perfectísima de Dios existe desde que existe Dios, o sea, eternamente.

Este misterio lo recordamos al decir: *Gloria al Padre...* y al decir: *«En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»...*

FIESTA DEL «CORPUS CHRISTI»

Hoy celebramos la fiesta del «Corpus Christi», del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, la que fue instituida principalmente para que el pueblo fiel y cristiano haga pública confesión de la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía y le rinda homenaje de gratitud.

La Eucaristía es el sacramento del cuerpo y de la sangre de Cristo

bajo los accidentes de pan y vino. Es presencia real de Jesucristo entre nosotros. Misterio de nuestra fe. Y ¿por qué creemos que Jesucristo está presente en la Hostia santa? ¿Por qué lo creemos si, como dice Santo Tomás, mi inteligencia no lo comprende, y mis sentidos no ven más que apariencias de pan?

Lo creemos sencillamente por la autoridad de Jesucristo que nos ha revelado este misterio, porque Jesucristo es Dios, ya que nos lo ha demostrado hasta la saciedad; dando vista a los ciegos, resucitando muertos y otros muchos milagros como podemos verlos narrados en los Evangelios...

¿Cómo pues sabemos, que Él está presente en la Eucaristía?

Lo sabemos:

1) Por las palabras de su promesa; 2) por las de su institución; 3) Por la doctrina de San Pablo, y 4) porque la Iglesia nos lo dice y los testimonios de todos los siglos.

1) **Promesa eucarística (Jn. 6,52-56)**

Esta promesa tuvo lugar en la Sinagoga de Cafarnaún. Después de dar de comer a cinco mil hombres (sin contar mujeres y niños), haciendo el milagro de la multiplicación de cinco panes y dos peces para que comieran todos, Jesús se apartó de ellos y muchos le siguieron hasta Cafarnaún, y vuelto a ellos les dijo:

«Me buscáis por el pan que os he dado hasta quedar saciados; pero buscad el pan que dura hasta la vida eterna...». Y en medio de su discurso, dijo: *«Yo soy el pan vivo bajado del cielo... y el pan que yo os daré es mi carne para la vida del mundo».*

Algunos dijeron: «Duro es este discurso, ¿cómo puede éste darnos a comer carne?». Ellos creyeron que les iba a dar de comer su cuerpo y sangre como se da en el mercado...; mas Él no retractó sino que repitió: *«En verdad, en verdad os digo, que el que no come mi carne y bebe mi sangre no tendrá vida en él..., porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida»...*

Las palabras de esta promesa son tan claras que los judíos y los apóstoles, entendieron su realidad, pero no la manera de darnos su carne, que sería de un modo sacramental, pero real. Ahora el mismo Jesucristo se nos da bajo las especies de pan... (Esta promesa la cumplió al instituir la Eucaristía).

2) **Institución de la Eucaristía (Mt. 26,28; Lc. 22,19)**

Jesucristo en la última Cena, cumplió lo que había prometido, cuando tomó el pan en sus manos y bendiciéndolo, dijo a sus apóstoles: «Tomad y comed: ESTO ES MI CUERPO, que será entregado por vosotros»... y tomando el cáliz con vino dijo: «ESTA ES MI SANGRE»...

Por estas palabras: «Esto es mi cuerpo..., esta es mi sangre», Jesucristo cambió la sustancia del pan en su cuerpo, y el vino de su sangre. Y por las palabras HACED ESTO EN CONMEMORACION MÍA, dio a sus apóstoles y a todos los sacerdotes, sus sucesores, el poder de cambiar, como Él el pan en su cuerpo y el vino en su sangre...

3) **Doctrina de San Pablo (1 Cor. 11,27; 10,16)**

Este apóstol dice: *«Quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor... y el que come y bebe sin discernir el cuerpo del Señor, come y bebe su condenación...».*

¿Cómo podría decir el apóstol que el que comulga indignamente (o sea, en pecado mortal) come y bebe su propia condenación, si el pan continuare siendo pan?

4) **Doctrina de la Iglesia**

La Iglesia en sus Concilios «enseña y profesa abierta y simplemente que el augusto sacramento de la Eucaristía, después de la consagración del pan y del vino, nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, está contenido, verdadera, real y substancialmente en las cosas de estas especies sensibles»... Y los Santos Padres, con S. Ambrosio, nos dicen: «Aunque se vea la figura y la forma de pan y del vino, después de la consagración está la carne de Cristo».

La Eucaristía es la Hostia consagrada que eleva el sacerdote para ser adorada de los fieles... Nuestro deber es *recibirle* y *visitarle* en el templo...

AÑO «B»

Introducción al Adviento, pág. 5

DOMINGO 1º DE ADVIENTO (Ciclo B)

Introducción pág. 5

1.ª Lectura: Is. 63, 16; 64,1, 3-8

En esta lectura el profeta Isaías ve al pueblo de Israel afligido por la destrucción de su templo y por haber sido llevado al cautiverio...

El pueblo es consciente de sus pecados, pues llegan a decir: *«Todos éramos impuros, grandes nuestras culpas y nadie invocaba tu nombre»*, y por estos pecados nos han venido tantos males, y vueltos a Dios lo reconocen como Padre y Creador...

1.º Como Padre, y es la primera vez que en el A.T. se le llama a Dios «Padre». En el N.T. ya sabemos que Jesucristo nos enseñó a llamar a Dios «nuestro Padre» al decirnos cómo teníamos que orar: *«Padre* nuestro»...

Aquí en esta 1.ª lectura vemos que vueltos a Dios, le dicen: *«Porque tú, oh Yahvé, eres nuestro Padre y redentor nuestro es tu nombre»...*

2.º También le reconocen como *Hacedor o Creador* suyo al decir: *«nosotros somos la arcilla y Tú nuestro alfarero, todos somos obra de tus manos»...*

Al reconocer a Dios de esta manera y confesar ante Él su culpabilidad, viven con la esperanza de que Él será su verdadero Libertador y Redentor y por eso viven en expectación y anhelan su venida diciendo: *«¡Oh cielos, derramad sobre nosotros vuestro rocío; lluevan las nubes al Justo...!»*.

Señor, «estabas airado y nosotros fracasamos: aparta nuestras culpas, no las tengas en cuenta, y seremos salvos».

2.ª Lectura: 1 Cor. 1,3-9

En esta lectura, que es el comienzo de la Carta primera a los Corintios, el apóstol empieza deseando a todos estos dos dones: *la gracia* que santifica y nos hace gratos a Dios, y *la paz*, que envuelve quietud del alma, reconciliación con Dios.

Después da gracias a Dios por haberles otorgado estos dones y además el don de la palabra, el conocimiento de las Escrituras, especialmente del Evangelio, que es su predicación apostólica. ¡Cuántos beneficios no hemos recibido todos! pues nuestra salud y cuanto poseemos y todo lo que somos viene de Dios. *«¿Qué tienes que no hayas recibido de Él?»* (1 Cor. 4,7). No seamos ingratos...

Las palabras «manifestación de nuestro Señor Jesucristo», se aplican a la segunda venida de Jesucristo o manifestación gloriosa hasta la cual les desea que permanezcan irreprensibles. o sea, en su gracia. Esto es lo que debemos desear todos nosotros... Jesucristo vino para que las almas tuvieran vida, la vida de la gracia... Perseveremos en ella, y si la hemos perdido, recuperémosla...

3.ª Lectura: Mc. 13,33-37

La Iglesia con esta lectura pretende que reavivemos el anhelo de vivir como verdaderos cristianos en vela y con fervor debido por la incertidumbre de la venida del Señor... Esta hora está oculta, y nadie la sabe. La expresión «ni el Hijo, sino el Padre», como Jesucristo conoce todo lo que conoce el Padre (Mt. 11,27), no hay duda de que Cristo lo sabía, porque Él es igual al Padre, uno con Él (Jn. 10,30), y los siguientes pasajes lo dicen claramente (Jn. 28,18; Jn. 5,17; 6,58; 14,10; 16,15; 17,10; etc.), y esta fecha la conocía aún como hombre por la plenitud de su ciencia, pero no como enviado de Dios, para comunicarla a los hombres, y por eso exhorta a la vigilancia, para estar siempre preparados, por que ese día vendrá como un ladrón de noche (1 Tes. 5,2; 2 Ped. 3,10)...

DOMINGO 2.º DE ADVIENTO (B)

1.ª Lectura: Is. 40,1-5.9-11

El profeta Isaías prevé la inminente liberación de los judíos deste-

rrados en Babilonia, y por eso les transmite en nombre de Dios un mensaje de consuelo y salvación.

«Consolad, consolad a mi pueblo, hablad al corazón de ese pueblo vuelto del destierro a Jerusalén, decidle que ya cumplió su servidumbre, el castigo por todos sus pecados..., y que se disponga a recibir al Señor, que se alcen los valles, que se allanen los caminos...».

Si a un rey al venir a un pueblo se le hacen preparativos, se le allanan los caminos..., al Mesías se le deben preparar los corazones. El profeta anuncia la venida del Salvador, el que reunirá a su pueblo disperso, como un pastor reúne a su rebaño.

¿Qué diremos hoy al pueblo cristiano? El Salvador ya vino a la tierra a buscar a los pecadores, y éstos en vez de volverse a Él de corazón, se alejan más de Él, que es el Dios verdadero. Hoy también en nuestra católica España muchos de sus dirigentes no hacen sitio a Dios en la Constitución, en las leyes dadas para la nación... Y si la misión de la Iglesia es hacer presente a Dios en el mundo, como dicen los Papas, al ver que no faltan quienes quieren desplazar a Dios de la vida pública de la nación, ¿qué hemos de decir en su día a los que eligen candidatos para que gobiernen, sino que reflexionen y contribuyan a que surjan dirigentes que hagan sitio a Dios en toda la legislación, preparándole la venida de su reino a la tierra, porque Él es el Camino, la Verdad y la Vida?...

2.ª Lectura: 2 Ped. 3,8-14

San Pedro en su segunda carta trata el tema de la segunda venida de Jesucristo y las circunstancias que la acompañarán. Reconoce a los falsos doctores que se burlarían de ésta su segunda venida como si Dios no cumpliese la promesa de su venida por la estabilidad de la naturaleza.

San Pedro les responde: *«No perdáis de vista una cosa: que para el Señor un día es como mil años y mil años como un día»*, con lo que les quería manifestar que para Dios no hay tiempo, pues todo está presente en su mente y, por consiguiente, las distinciones temporales que nosotros establecemos, no tienen sentido en los planes de Dios, es decir el tiempo de Dios, la eternidad, no se mide por nuestras categorías de años, meses y días.

Si el Señor retrasa su venida es porque tiene paciencia, y porque, como dice San Agustín, «no quiere que nadie perezca, sino que todos tengan tiempo de arrepentirse».

El Señor es paciente, pero debemos estar prevenidos, porque el día del Señor vendrá de repente como un ladrón, ya para cada hombre con

la muerte, ya para toda la humanidad con la última venida, y por lo mismo debemos estar preparados llevando una vida santa.

3.ª Lectura: Mc. 1,1-8

En esta lectura San Marcos empieza diciendo: *«Comienzo del Evangelio de Jesucristo»*. Aquí la palabra «Evangelio» equivale a «Buena nueva» o «buena noticia» de salvación. «Evangelio de Jesucristo» es el que es propio de Jesucristo y tiene por objeto o misión la predicación o mensaje sobre Jesucristo como Salvador del mundo.

San Marcos dice: «Está escrito en el profeta Isaías: *«Yo envío mi mensajero delante de ti... Preparad el camino al Señor»*; más aquí hay dos profecías, una del profeta Malaquías (v.2) y otra de Isaías (v.3), y si San Marcos refiere las dos a Isaías es porque ambas aluden al mismo objeto. Ambos profetas vaticinaron que Jesucristo tendría un precursor, y sus palabras se cumplen en Juan el Bautista.

El Bautista predicaba que se convirtieran y se bautizaran para que se les perdonasen sus pecados. El bautismo de Juan *preparaba* para el perdón; pero el bautismo de Jesús era el que *perdonaría* los pecados, exigiendo el arrepentimiento de los mismos. Nuestra mejor disposición para la Navidad es disponernos con una buena confesión...

DOMINGO 3º DE ADVIENTO (B)

1.ª Lectura: Is. 61,1-2a 10-11

Esta 1.ª lectura es un bello poema o cántico mesiánico, que algunos han dicho ser del llamado «Siervo de Yahvé», pues es una profecía que se cumple en Jesucristo, la que vamos a comentar con las palabras del evangelista San Lucas.

Este evangelista nos dice que (cuando empezó Jesús su vida pública) después de haber hecho varios milagros en Cafarnaún, y entrar en las sinagogas y ser alabado por todos, llegó también a Nazaret, donde se había criado; entró según costumbre, en día de sábado en la sinagoga.

Aquel día abrieron el libro por la profecía de Isaías, y leyendo el pasaje que se iba a comentar, el Rabí o jefe de la asamblea, invitó de esta manera a los que le escuchaban: Hermanos, hay alguno entre los presentes que se atreva a explicar este pasaje de la Escritura? Entonces Jesús se levantó para hacer la lectura, y Él leyó este pasaje de Isaías:

«El Espíritu del Señor sobre mi, porque me ungió, me envió a dar la Buena Nueva a los pobres, a predicar a los cautivos la libertad y la recuperación de la vista a los ciegos, etc.». Enrollado después el libro, se lo dio al ministro y se sentó. Los ojos de toda la sinagoga estaban fijos en Él. Comenzó a decirles: *«Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír».*

Lo dicho por el profeta Isaías ocho siglos antes de que el Mesías haría muchos milagros, daría vista a los ciegos, habla a los mudos, etc... se cumplía en Jesucristo... Hizo en aquellos días muchos milagros en Cafarnaún y apenas hizo alguno que otro en Nazaret por la poca fe de sus paisanos, y entonces dijo: *«Nadie es profeta en su patria»*... Sigamos a Jesucristo y a su doctrina porque Él nos está demostrando que es Dios...

2.ª Lectura: 1 Tes. 5,16-24

Esta lectura viene a ser como un programa de vida que debe vivir el cristiano como preparación para la parusía o segunda venida de Cristo.

El apóstol recomienda la alegría, la oración, la acción de gracias, la vida de la gracia, viviendo así sin reproche hasta su llegada.

Estad siempre alegres, nos dice el apóstol. Debemos alegrarnos en los bienes recibidos del Señor y en los males que padecemos, porque estos, en último término, son bienes para el justo.

Hay dos clases de alegría: *la alegría buena* y sana, que lleva paz al alma y regocija el corazón, y es la alegría «en el Señor», alegría estable, propia y exclusiva de las almas que viven en gracia de Dios. Para echar de nosotros lejos la tristeza, debemos vivir en gracia porque la alegría nace de corazones limpios de pecado.

Hay otra alegría, la que es vana y pasajera del mundo, alegría falsa que es incapaz de saciar a un alma destinada para Dios. La alegría falsa y «cuyos goces acaban en lágrimas» (Prov. 14,12), es la que muchos buscan en cines, bailes u otras diversiones paganas...

Sed constantes en orar. Orando no se falta al deber. El trabajo puede convertirse en oración. «El que se porta bien, ora sin cesar» (S. Basilio).

Examinad todo y quedaos con lo bueno, esto es, examinad el pro y contra en las cuestiones morales dudosas..., no tomar una resolución precipitada.

3.ª Lectura: Jn. 1,6-8.19-28

Juan Bautista fue enviado por Dios para dar testimonio de la luz. Él no era la luz, sino testigo de la luz. Jesucristo es el único que es la luz. *Lumen gentium,* fuente de la luz y el que pudo decir: «YO SOY LA LUZ DEL MUNDO y el que me sigue no anda en tinieblas».

Al ver los jefes judíos que la muchedumbre seguía a Juan, le mandaron una comisión, que le preguntaron: *«¿Quién eres?»*1, y él fiel a la verdad, les dijo con sencillez: *Yo no soy el Cristo o Mesías, ni Elías...* Entonces le replicaron, ¿quién eres para que demos una respuesta a los que nos han enviado?

Él les responde que no es más que *«la voz que prepara la venida del Señor».* Juan Bautista bautizaba sólo con agua, bautismo material para excitar al arrepentimiento... *«En medio de vosotros está el que no conocéis».* Cristo ya estaba en medio de ellos y no lo conocían... También ahora está en medio de nosotros, en el sagrario, en el templo... y cuántos no entran a visitarle...

DOMINGO 4.º DE ADVIENTO (B)

1.ª Lectura: 2 Sam. 7,15.8b-11-16

En esta primera lectura se nos habla del deseo concebido por el rey David de edificar un gran templo al Señor. Cuando David conquistó Jerusalén y la hizo capital del reino, edificó en ella su palacio, y se dijo: Yo estoy viviendo en una casa de cedro, mientras el Arca del Señor vive en una tienda... y cuando estaba con este pensamiento, Dios le manifestó por el profeta Natán que le era grato a Dios su deseo de quererle construir una casa y darle gloria; mas Dios sería el que le glorificaría él dándole casa y gloria: *«Tu casa (tu dinastía) y tu reino durará por siempre».*

Dios perpetuaría su dinastía, pero no sería él sino su hijo Salomón el que edificaría el templo (para el que David reuniría los más hábiles arquitectos y gran cantidad de maderas, oro y plata: 2 Cr. 3).

Maravillosos son los caminos de Dios. Dios prometió a David una dinastía o linaje perpetuo... y aunque él peque y peque también Israel y aunque todos pequemos *«la misericordia de Dios es un edificio eterno».*

David fue grande por sus cualidades de rey, pero también hombre pecador. No supo defenderse contra las tentaciones y cometió uno tras otro, dos grandes pecados. Una vez que Dios le hizo ver su gran maldad,

se humilló y compuso el salmo «miserere», el más bello acto de contrición... *Peccavi.* He pecado. Contra Ti, contra Ti, sólo pequé... Y en otro salmo dirá: *«Cantaré eternamente las misericordias del Señor»...*

2.ª Lectura: Rom. 16,25-27

San Pablo termina su carta a los Romanos con una doxología o himno en el que da gloria a Dios por Jesucristo, que por la predicación de su Evangelio nos ha revelado o dado a conocer el «misterio» de la salvación universal de todos los hombres, misterio oculto desde la eternidad.

Este misterio que se nos ha revelado por la predicación del Evangelio es la Encarnación, misterio de Cristo, que fue anunciado siglos antes por los profetas, y luego se nos manifestó en el Nuevo Testamento mediante la venida de Cristo en carne mortal a redimirnos, quedando patente por su predicación, muerte y resurrección.

Ahora los apóstoles lo predican y llaman a todas las naciones a la obediencia de la fe, para que todos los que crean en Él, o sea, acepten su persona y su doctrina obtengan la salvación, pues *«Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad»* (1 Tim. 2,4).

3.ª Lectura: Lc. 1,26-38

En este Evangelio se nos revela el misterio de la Encarnación, misterio oculto antes de todos los siglos, o sea, el misterio del Hijo de Dios hecho hombre por amor a los hombres, resultando así que el Hijo de Dios es Hijo de la Virgen María, por medio de la cual Él quiso venir a este mundo y aparecer como hombre en medio de los hombres.

El ángel Gabriel fue el enviado por Dios a Nazaret, al lugar donde estaba la Virgen, a anunciarle este misterio. La Virgen María, es según el ángel, la «llena de gracia», la «bendita» o más alabada de todas las mujeres, la que «todas las generaciones llamarán bienaventurada», porque en ella Dios hizo cosas grandes. Ella es al verdadera «Arca de la Alianza» la que llevaría en su seno al Emmanuel = Dios con nosotros.

«Alégrate María», la llena de gracia, por quien nos vino el Autor de la gracia... la redención copiosa.

(Para comprender o explicar el nacimiento del Hijo de Dios, recordemos que Él tuvo dos nacimientos. Véase *«Festividad de la Natividad»* Ciclo A).

DOMINGO 2.º ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: 1 Sam. 3,3b-10.19

En esta lectura se nos refiere la vocación de Samuel, al que Dios eligió y llamó al cumplimiento de su misión de profeta de Israel.

Desde pequeñito fue ofrecido por su madre Ana al servicio del culto, y estando acostado en el templo junto al Arca de la Alianza (que se hallaba en la ciudad de Silo), el Señor llamó a Samuel, y él respondió: «Heme aquí», y corrió a donde estaba el sacerdote y le dijo: «Aquí estoy porque me has llamado». Helí contestó: «No te he llamado, vuelve a acostarte».

Samuel fue a acostarse. Yahvé llamó otra vez a Samuel, y esta llamada sucedió hasta tres veces... Comprendió entonces Helí, que era Yahvé, quien llamaba al joven, y le dijo: *«Acuéstate, y si vuelven a llamarte, di: Habla Señor, que tu siervo escucha».*

Y el Señor le habló, y entonces ya conoció Samuel la voz que venía del Señor, y supo cuanto le comunicó, y aunque no sería agradable a Helí, al fin lo supo éste... Samuel cumplió ya su misión, y «Dios estaba con él» y le asistió durante toda su vida.

Conclusión: Cada uno tenemos una misión que cumplir, seamos dóciles a la voz de Dios que nos puede llamar ya por nuestros superiores ya por la Biblia al oír la palabra de Dios, ya por nuestra conciencia...y digamos: *Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.*

2.ª Lectura: 1 Cor. 6,13c-15a.17-20

Esta es una lección que nos da San Pablo para que amemos la castidad. Muchos de la primitiva comunidad cristiana, de la ciudad de Corinto paganizada, juzgaban como algo natural la fornicación... San Pablo, al considerar que toda fornicación es dañosa, porque degrada al hombre y lo convierte en esclavo, dice enérgicamente: *«El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor»,* porque tiene un fin más alto que la nutrición y la generación que son transitorias, pues pertenece a Cristo que lo resucitará glorioso.

Además por ser miembros de Cristo, que nos compró con su sangre, y por ser templos del Espíritu Santo, no nos pertenecemos...

«Glorificad a Dios en vuestro cuerpo», porque «aquel por quien eres redimido te hizo su casa, dice San Agustín, ¿Acaso quieres destruir tu casa?».

¡No peques contra tu propio cuerpo, santuario del Espíritu Santo!

El hombre se envilece renunciando al amor de Dios por el amor de la carne.

3.ª Lectura: Jn. 1,35-42

El Evangelio nos habla varias veces del encuentro de Jesús con sus primeros discípulos y su vocación o llamamiento al apostolado.

Juan Bautista cuando conoció que Jesús era el Hijo de Dios, le señaló con el dedo diciendo: *«He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo».*

Esta misma expresión la repitió al estar con dos de sus discípulos: «He aquí el Cordero de Dios», y ante tal testimonio aquellos discípulos se movieron a seguirle... Ellos le dijeron: *«Maestro, ¿dónde vives? Él les dijo: Venid y lo veréis».*

San Juan hace constar en su Evangelio la hora de su vocación: «Serían las cuatro de la tarde». La vocación es un llamamiento que Dios hace a las almas de diversas maneras, y las llama a diversos estados de vida...

Seamos fieles cada uno a nuestra vocación... A los primeros apóstoles que llamó el Señor, fue a Andrés y a Simón Pedro... y a éste le cambió el nombre: *«Tú eres Simón, hijo de Juan,* y te llamarás *Cefás* (que significa Pedro y «piedra» sobre la que edificaría su Iglesia) y esto lo hizo en atención a la misión que le iba a dar de gobernarla. Él sería el primer Papa...

DOMINGO 3.º ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: Jonás 3,15-10

Jonás fue llamado por Dios a cumplir una misión: la de predicar la penitencia en Nínive. La primera vez fue rebelde a su misión. Se embarca en una nave en Jafa, que se dirigía a Tarsis... El Señor suscita una gran tormenta, y es arrojado como culpable al mar. Luego fue tragado por un pez grande (no se confunda con ballenas, porque éstas no suelen comer más que pececillos pequeños), y a los tres días fue devuelto a la playa vivo milagrosamente.

(San Agustín dice a los que ponen en duda este milagro: «Más fácil es preservar a un hombre vivo en el vientre de un animal que resucitar a un muerto —como Lázaro— de la tumba»).

Por segunda vez Dios habló a Jonás, lo mandó a Nínive, una gran

ciudad (porque se componía de cuatro ciudades, según leemos en el Génesis: 10,11-12, por lo que los tres días de camino, eran los que necesitaba el profeta para anunciar en toda ella su mensaje).

Los profetas en nombre de Dios echan en cara al pueblo sus pecados, para hacerlos reflexionar y los invita a cambiar de vida. por eso Jonás dice en su predicación a los ninivitas: *«Cuarenta días se dan a Nínive para que haga penitencia, y sino será destruida»*. Ante este aviso divino, se movieron los ninivitas a penitencia, y Dios se compadeció y no la destruyó... Reconozcamos que la misericordia de Dios es para todos los pecadores que se arrepienten sin distinción...

2.ª Lectura: 1 Cor. 7,29-31

San Pablo, después de haber hablado a los corintios acerca del matrimonio, les habla de la virginidad, y como fiel mensajero del Evangelio, y colocado bajo el punto de vista de la perfección individual, dice que es mejor permanecer virgen:

1) En razón de las dificultades presentes, o sea, por la presente angustia, las penas de la vida, el conjunto de incomodidades y preocupaciones del matrimonio, y por estar más sujetos a las tribulaciones de la carne.

2) Porque sí puede mejor ocuparse uno de lleno en las cosas del Señor, y agradarlo más. *«Si estás unido a una mujer, no busques el romper esta unión y si no estás casado, si puedes guardar continencia, no te cases». Si una virgen se casa, no peca.* Quien casa a su hija virgen obra bien, y quien no la casa (siendo ella de este parecer) obra mejor...

3) *Porque siendo la vida tan corta, interesa emplearla toda en el servicio de Dios...* Es tan corto el tiempo de la vida humana, que lo importante no es el estar casado o no casado, poseer bienes o no poseerlos..., lo importante es vivir entregado al servicio de Dios, porque el aspecto de este mundo pasa rápidamente.

3.ª Lectura: Mc. 1,14-20

San Marcos refiere cómo, después de la prisión de Juan el Bautista, Jesús se marchó a predicar el Evangelio de Dios por Galilea, y así decía: *«Se ha cumplido el tiempo, está cerca el reino de Dios: Convertíos y creed el Evangelio o Buena Nueva».*

El reino de Dios, reino de justicia y de paz, o reinado de Jesucristo, que empezó con el poder de arrojar demonios, se identifica con su persona o poder operante. El reino de Dios está donde está Cristo. El

quiere reinar en las almas y por eso pide a todos la conversión o arrepentimiento, cambio de vida, vivir la vida de gracia y creer el Evangelio, pues la fe en Él salva, o sea, la salvación está en la aceptación de la persona de Jesús y de su doctrina.

Luego habla de la vocación de los cuatro primeros discípulos (de que hablamos ya algo el domingo pasado)... Eran pescadores en el lago... y los llama a ser pescadores de hombres...

DOMINGO 4º ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: Dt. 18,15-20

En esta lectura tenemos la promesa que Dios hizo de suscitar profetas en el pueblo de Israel. Dios se manifestó en el Sinaí entre truenos y relámpagos al darle al pueblo su ley o mandamientos por medio de Moisés, y al quedar los israelitas aterrados por la majestad de la manifestación divina, ellos dijeron a Moisés: *«Háblanos tú, que no nos hable Dios, no sea que muramos»*.

Moisés les respondió: *«No temáis, que para probaros ha venido Dios, para que tengáis siempre ante vuestros ojos su temor y no pequéis»*. Dios permitió entonces tratar con su pueblo por medio de los profetas, y le dijo a Moisés: *«Suscitaré un profeta entre tus hermanos, como tú, y pondré mis palabras en su boca y les hablará a todos lo que yo le mandare»*.

Entre todos los profetas, éste había de ser Cristo, que culminaría la serie de todos ellos, y así lo entendió el apóstol Pedro (véase Hech. 3,20-22) y también San Esteban ve con toda seguridad que el profeta anunciado por Moisés, es el mismo Jesucristo (Hech. 7,37). A Él y a los profetas verdaderos, debemos escuchar, y el que anuncia en su nombre lo que Él no ha mandado, será reo de muerte. ¿Cómo podemos distinguir al profeta verdadero del falso?

He aquí la norma: *«Cuando un profeta te hable en nombre de Dios, si lo que dijo no se cumple o no se realiza, es cosa que Dios no ha dicho; en su presunción habló el profeta, no le temas»* (Dt. 18,21-22).

2.ª Lectura: 1 Cor. 7,32-35

San Pablo continúa hablándonos del tema de la virginidad, del que ya hablamos el domingo pasado, y de la que él hace gran elogio.

La virginidad es un don especial de Dios y no a todos es concedido, sino a los que lo desean sinceramente y están dispuestos a luchar por la concupiscencia de la carne, y a este fin piden ayuda a Dios con fervor, y ponen los medios de vencimiento, oración, huida de ocasiones...

San Pablo «aconseja» la virginidad, «no la manda», atendidas las razones expuestas en el domingo anterior, y es muy superior al matrimonio, pues mientras éste divide el amor entre Dios y el consorte, la virginidad, libre de tantos cuidados, entrega todo el corazón a las cosas de Dios.

Aunque tanto el matrimonio como la virginidad son medios para servir a Dios, bien podemos decir que la virginidad en sí nos ayuda mejor a conseguir el fin y es más fácil santificarse en este estado...

3.ª Lectura: Mc. 1,21-28

Jesús llegó a Cafarnaún donde estableció su residencia temporal, y los sábados solía ir a la sinagoga en la que se reunían los judíos para orar, leer la Biblia e interpretarla. El jefe de la sinagoga solía invitar a los asistentes a explicar la Ley y enseñar, y aquel día Jesús tomó la palabra y todos *«se quedaron asombrados de su enseñanza, porque no enseñaba como letrados, sino con autoridad»*, o sea, con tanta sencillez y claridad que todos le entendían, y porque Él era la «Palabra de Dios», palabra eficaz, salvadora y obradora de milagros.

Aquel día curó precisamente a uno que estaba poseído del demonio, y el demonio conociendo el poder de Jesús lo proclamó «el Santo de Dios»; pero Jesús no queriendo que partiera la alabanza del espíritu del mal mandó con imperio y lo arrojó fuera, obedeciendo mal de su agrado.

Las gentes estupefactas se preguntaban: ¿Qué es esto? Este enseñar con autoridad es nuevo. Hasta a los espíritus inmundos les manda y le obedecen». La fama de Jesús se extendió por todas partes.

¿Qué hemos de hacer nosotros sino aclamar también a Jesús y seguirle siendo cumplidores de su santa ley? (Para hablar del demonio, puede verse mi libro titulado *«El diablo anda suelto»*).

DOMINGO 5.º ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: Job. 7,1-7

En esta lectura el santo Job, modelo de paciencia, nos descubre la vida de dolor y su brevedad con estas imágenes expresivas:

1) **La del soldado**, sujeto al servicio militar con sus propios peligros, como sucede en las guerras...

2) **La del jornalero,** que después de fatigoso y duro trabajo aguarda el salario, y al acostarse, harto de dar vueltas hasta el alba, piensa ya en levantarse... y termina diciendo Job *«mi vida es un soplo»*.

Y esto nos hace reflexionar sobre la brevedad de la vida. *¿Qué es nuestra vida?* —dice el apóstol Santiago_. *Un vapor que se desvanece.* Y como dice el mismo Job: *«El hombre nacido de mujer, vive corto tiempo repleto de muchas miserias; brota como una flor y se marchita»* (Job. 14,1).

Entramos en la vida presente con la ley de abandonarla. Venimos a representar un papel más o menos corto en la escena de este mundo... y después hemos de desaparecer... El tiempo pasa rápidamente, y ¡cómo no hemos de pensar que hemos de pasar con él y entrar en la eternidad que no pasa nunca!

Por ser nuestra vida corta y estar siempre amenazados por la muerte, por eso hemos de vivir cristianamente preparados para esa hora.. (Ver Dom. 12 sobre la persona de Job...).

2.ª Lectura: Cor. 9,16-23

San Pablo nos habla de la gran importancia que él da a la predicación de la palabra divina. Él ejerce su misión de apóstol no por motivo de vanagloria, sino por autoridad divina, por una obligación que pesa sobre él, deber impuesto por elección divina.

Al empezar la carta a los romanos dice que él ha sido elegido para predicar el Evangelio de Dios ya anunciado antes en las Escrituras del A.T. por los profetas, y por eso dice: *«¡Ay de mí si no predicare el Evangelio!»*, y de tal manera pesa sobre él esta obligación, que es como la prestación obligatoria de los esclavos, como un mandato que le obliga a predicarlo sin derecho a recompensa alguna.

San Pablo termina describiendo las características de su método de predicación que es adaptarse a las condiciones personales de aquéllos a quienes predica, haciéndose débil con los débiles, para ganar a los débiles, gentil con los gentiles y judío con los judíos, para ganarlos a todos para Cristo.

3.ª Lectura: Mc. 1,29-39

San Marcos nos refiere una serie de curaciones milagrosas que realizó Jesús y que nos ponen de manifiesto su poder y su divinidad.

Estando Jesús en Cafarnaún, después de haber enseñado en la sinagoga con la admiración de todos, fue a casa de Simón, y estando su suegra en cama con fiebre, se acercó a ella, la tomó de la mano y la levantó, pues se le pasó en el acto la fiebre y se puso a servirles.

Aquel día al ponerse el sol, que era cuando empezaba el descanso del sábado, le llevaron todos los enfermos y poseídos del demonio y muchos fueron los enfermos curados de diversos males y expulsó a los demonios...

Después, muy de mañana se levantó para ir al descampado y orar...; pero le buscaban por todas partes, y al fin recorrió toda Galilea, predicando en las sinagogas y expulsando los demonios.

Así fue Jesús anunciando la Buena Nueva del reino, acreditando su mesianidad y manifestando su gloria y haciendo ver a todos que Él era el verdadero Salvador, al que nosotros debemos de aclamar y reconocer como tal Salvador.

DOMINGO 6.º ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: Lev. 13,1-2.44-46

La 1.ª y 3.ª lectura se pueden tratar simultáneamente, porque tratan del mismo santo: de la enfermedad de la lepra y de su curación.

En el libro del Levítico se nos habla de la lepra, enfermedad bastante extendida en la antigüedad, enfermedad contagiosa y repugnante que no sólo hace padecer a la víctima, sino que la hace objeto de horror a los ojos de los demás.

A los sacerdotes les competía juzgar si los síntomas de la enfermedad padecida era o no lepra, y debían atenerse a las prescripciones de la Ley de Moisés, que eran bastante severas para los leprosos.

Todo leproso debía de vivir separado del resto del pueblo. Solía vivir aislado o en grupos fuera del campamento y debían llevar los vestidos rasgados o abiertos por delante, desnuda la cabeza, los cabellos sueltos y avisando a los transeúntes, gritando: «¡Impuro, impuro!» para que no se les acercasen y pudieran contagiarles.

La lepra aparece en el A.T. como castigo del pecado, y así vemos

que Dios castigó a los egipcios con lepra o úlceras de la piel en la 6.ª plaga (Ex. 9,9) y también a María, la hermana de Moisés, por haber murmurado contra él (Núm. 12,10), y el «Siervo de Yahvé», aunque inocente, sólo por cargar con los pecados de los hombres aparece como leproso, despreciable de los hombres, los que se verán curados por medio de sus heridas (Is.53).

La curación de la lepra en el N.T. aparece como señal de que se inicia la era mesiánica, era del perdón: *«Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios...»* (Mt. 11,5).

2.ª Lectura: 1 Cor. 10,31-33; 11,1.

San Pablo, después de haber hablado de las carnes inmoladas a los ídolos, de las que una parte se ponían a venta en el mercado, dice a los que consultaban, que podían comer de ellas, a no ser por razón de escándalo con los débiles o demasiado escrupulosos, por su conciencia deformada o débil, y no tomar parte en los banquetes que supusiesen culto a los ídolos.

Por lo demás, que *«ora comiesen o bebiesen o hicieran cualquier cosa, que lo hicieran todo para gloria de Dios»*. Lo que se ofrece a Dios con este fin es una garantía de que nuestras acciones son buenas.

3.ª Lectura: Mc. 1,40-45

En este Evangelio se nos habla de la curación de un leproso. Éste se le acercó a Jesús, suplicándole de rodillas: *«Si tú quieres, puedes curarme»*, y Jesús poniendo sus manos limpias y puras sobre aquel cuerpo llagado, dijo: *«Quiero, queda limpio»*, y la lepra le desapareció.

Jesús le encargó severamente que no se lo dijese a nadie, y ¿por qué?. Si Jesús mandaba algunas veces callar sus milagros, no era para que quedasen ocultos, pues sabía bien que habían de publicarse, sino para evitar el repentino alboroto de las turbas, y a veces por la pronta divulgación no podía entrar en las ciudades...

Le mandó luego presentarse al sacerdote, porque era el encargado de darle el certificado de estar curado... y diese a Dios las gracias por su curación.

Cuando Jesús curó en otra ocasión a diez leprosos, sólo uno volvió a darle gracias y le dolió la ingratitud de los otros nueve. No seamos nosotros ingratos por los beneficios recibidos...

La lepra del cuerpo es figura de la lepra de nuestra alma, o sea,

figura del pecado. Cuantos se hallen manchados por esta lepra, deben acordarse que Jesús se perpetúa en sus sacerdotes... Acudid al tribunal de la penitencia para recibir el perdón de vuestros pecados y quedar con el alma limpia de toda mancha.

DOMINGO 7º ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: Is. 43,18-25

El profeta Isaías nos habla de una salvación de Israel. Después del destierro de Babilonia, al que Dios llevó a los judíos por sus pecados, les anuncia su liberación.

Y después de este anuncio el profeta les dice: *«No os acordéis ya de lo pasado»* ni de los trabajos de vuestro primer éxodo, y si bien en él se realizaron maravillas como en el paso del mar Rojo, éstas palidecerán ante las nuevas que tendrán lugar en vuestra futura restauración.

Entonces se abrirán caminos por el desierto y habrá ríos que rieguen las áridas tierras y hasta las bestias y la naturaleza alabarán a Dios, y con más razón *«el pueblo elegido, el que hice para Mí —dice el Señor— cantará también alabanzas en honor mío».*

La futura salvación de Israel, como dice San Pablo, *«será una resurrección de muerte a vida»...* Hasta ahora todo han sido ofensas, mas Dios ofrece la misericordia actualmente al pueblo judío, como se la está ofreciendo al pueblo cristiano, el que vino a formar sobre la tierra, pues Él es *el que «quita el pecado del mundo».*

2.ª Lectura: 2 Cor. 1,18-22

San Pablo dice a los corintios: «Hermanos: ¡Dios me es testigo! La palabra que os dirigimos no fue primero ''sí'' y luego ''no''». Con estas palabras quiere demostrar que al proponer visitarles y no haber podido realizar su viaje, no ha sido informal en el cumplimiento de su palabra. Así como Dios es fiel en sus promesas, San Pablo es fiel a su palabra.

El objeto de la predicación del apóstol es Cristo, un Evangelio invariable, que no puede ser «sí» y «no» a la vez, siendo como es el «sí» o el «amén» o cumplimiento de las promesas de Dios.

¡AMÉN! Fijémonos en esta palabra. El católico práctico debe entender bien su significado. Esta palabra, al término de nuestras oraciones, como en el «Padrenuestro» expresa un mero deseo equivalente

a un «así sea»; mas cuando tú comulgas, el sacerdote dice: *«El cuerpo de Cristo»*, y tú respondes *«Amén»*. Este «Amén» equivale a decir *«Así es»*. «Sí» es ciertamente el Cuerpo de Cristo, *«lo creo»...*

3.ª Lectura: Mc. 2,1-12

En el milagro que nos refiere San Marcos del paralítico curado por Jesús, aparece la gran fe del enfermo y una doble curación de Jesús: La espiritual o perdón de los pecados del paralítico y su curación corporal.

A los que llevaron al paralítico, como no podían acercarlo a Jesús por el gentío que taponaba la puerta de la casa donde Él estaba, se le ocurrió ir por la trasera de la casa y desmontar ésta para hacerlo bajar donde estaba el Salvador. (El texto dice «levantaron unas tejas», y me parece poco correcta esta versión, porque las casas antiguas en Israel y muchas ahora están construidas sin tejas, y son planas y fácilmente desmontables).

Al ver tanta fe, Jesús dijo al paralítico: *«Hijo mío, perdonados quedan tus pecados»...* Y murmuraron aquellos letrados para sus adentros, diciendo: *«¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?»*. Entonces Jesús conociendo sus pensamientos, les dijo: *«Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene poder de perdonar pecados...*, dirigiéndose al paralítico le dijo: *«Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa»*, y se levantó y fue glorificando a Dios.

Admiremos el poder y la bondad de Dios y reconozcamos su divinidad, y aconsejemos a los enfermos, que se reconcilien antes con Dios, si está en pecado, y después vendrá más fácilmente la curación corporal si les conviene.

DOMINGO 8.º ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: Os. 2,14-20

El profeta Oseas, del cual está tomada esta lectura, vivió en el siglo VIII antes de Cristo y es el primero de los profetas menores, según el orden de la Biblia. El tema de su libro es el amor de Dios y su misericordia hacia el pueblo infiel de Israel simbolizado por una mujer mala y adúltera.

En este libro aparecen las relaciones entre Dios e Israel, bajo la figura de un matrimonio, en el que vemos por un lado el gran amor de Dios y por otro la ingratitud e infidelidad.

Dios sigue amando a Israel, a pesar de su infidelidad, y le dice como si fuera una mujer: *«Yo la cortejaré, le hablaré al corazón... Me casaré en matrimonio perpetuo contigo, en justicia, en derecho, en misericordia y compasión y fidelidad...»*.

Aquí se nos rebela como Dios ama a Israel y cómo a pesar de sus infidelidades, aunque se ha portado como una mujer infiel y adúltera, yendo tras otros dioses, nunca la despedirá por completo... y tendrá misericordia con ella.

Pensemos que Dios nos ama a todos, a pesar de nuestras infidelidades. No nos trata según nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas. Volvámonos a Él pidiéndole perdón y se apiadará de nosotros, porque es compasivo y misericordioso.

2.ª Lectura: 2 Cor. 3,1b-6

San Pablo nos habla de la grandeza del ministerio apostólico. Empieza hablando contra aquellos que se encomendaban a sí mismos y buscaban «carta de recomendación» para ejercer su apostolado, y les dice que el verdadero apóstol no necesita recomendación, porque sería buscarse a si mismo. El verdadero apóstol como no mendiga dinero ni aplausos le basta el llevar a Dios consigo.

La labor de San Pablo en Corinto era como una carta abierta, que todos podían leer, y que estaba indicando a todo el mundo qué clase de apóstol era él. Las cartas de recomendación para San Pablo eran su conducta intachable, sus cartas materiales llenas de sana doctrina y de amor de Dios y ante todo «los cristianos fervorosos», obra suya, convertidos por él. El amor tan grande que les tenía hacía que los llevase escritos en su corazón.

«Nuestra carta sois vosotros... una carta de Cristo», les dice el apóstol. Aquellos cristianos de Corinto eran como una carta dictada por Cristo y escrita por San Pablo en virtud de la predicación evangélica.

«Nuestra capacidad, nuestra suficiencia nos viene de Dios». Toda la eficacia del ministerio de San Pablo proviene totalmente de Dios. El hombre ha de poner de su parte todo su trabajo, pero el resultado se ha de atribuir a Dios. El misionero es instruido en manos de Dios... La *letra* del A.T. porque hacía sobreabundar el pecado por la multiplicación de preceptos *mata.* El N.T. por fundarse en el perdón y el amor, *da vida.*

3.ª Lectura: Mc. 2,18-22

Se nos refiere aquí una pequeña cuestión sobre el ayuno. Como los discípulos de Juan Bautista y los fariseos solían guardar ciertos ayunos, y los discípulos de Jesús no solían ayunar como los otros, le preguntaron por qué no ayunaban. Jesús les responde: *«¿Pueden los invitados ayunar mientras el esposo está con ellos?»*. Esta parece una alusión a la costumbre de que los invitados a una boda estaban dispensados de ciertos deberes religiosos durante los días de festejos que precedían a la boda. Para ellos era hora de alegría porque están con el Esposo.

El tiempo de las bodas es el tiempo de la vida mortal de Jesús. Después de su muerte será tiempo de ayunar. Aclara la cuestión con dos parábolas, de lo improcedente que resultaría fundir lo viejo con lo nuevo. Los discípulos de Jesús no deben copiar lo viejo.

La Nueva Ley tiene un nuevo espíritu, y rompería la vieja *tela* y los odres del Viejo Testamento.

DOMINGO 9.º ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: Dt. 5,12-15

En esta 1.ª Lectura se nos habla del descanso sabático. Moisés dijo al pueblo: *«Esto dice el Señor: Guarda el día del sábado santificándolo, como el Señor tu Dios te ha mandado»*.

Como sabéis, al principio de la Biblia se nos habla de la creación del mundo en seis días, y termina diciendo: *«Dios descansó el séptimo día»*.

La expresión: «Dios descansó», no quiere decir que en Dios hubiera el menor cansancio, sino para indicarnos que una vez creado el hombre, no creó después especie alguna de criatura, y para inculcarnos la enseñanza de la santificación del día séptimo, y ésta es la enseñanza consignada en esta primera lectura: *«Durante seis días puedes trabajar y hacer tus tareas, pero el día séptimo es día de descanso dedicado al Señor tu Dios»*.

Los israelitas, por mandato de Dios, debían santificar el «sábado»; ahora en el Nuevo Testamento, el día de fiesta para los cristianos es el domingo, el primer día de la semana, llamado «Día del Señor», porque en «domingo» Él resucitó.

Ya en la época apostólica los primeros cristianos se reunían el domingo para conmemorar la resurrección del Señor (Hech. 20,7-11) y así

lo hace constar San Justino (año 150) en su Apología... El Conc. Vaticano II dice: «La Iglesia por una tradición apostólica que trae su origen del mismo día de la resurrección de Cristo, celebra cada ocho días el día que es llamado con razón «día del Señor» o «domingo» (SC. 106).

Los domingos y días festivos los debemos santificar oyendo la santa Misa, escuchando la palabra de Dios con atención, no trabajando sin necesidad, sobre todo en trabajos corporales y se deben evitar espectáculos que no sean morales y sean indignos de un cristiano...

2.ª Lectura: 2 Cor. 4,6-11

Dios que creó la luz al principio del mundo y separó la luz de las tinieblas, al hacerse hombre y aparecer en nosotros, Él dijo: *«Yo soy la luz del mundo, y el que me sigue no anda en tinieblas»* (Jn. 8,12)... y Él quiso que los predicadores fueran lumbreras de su Evangelio: *«Vosotros sois la luz del mundo»* (Mt. 5,14)... Nosotros ahora, predicadores del Evangelio, somos vasos de barro que guardamos tesoros divinos de gracias y dones sobrenaturales, vasos frágiles y quebradizos... y Dios quiere que reconozcamos que la grandeza del poder y de las maravillas, que en nosotros se ven, son de Dios y no nuestras. Y por eso porque nos sostiene su omnipotencia, aunque nos vemos acosados de toda suerte de tribulaciones, no por eso perdemos el ánimo..., llevando siempre y por todas partes marcada en nuestro cuerpo extenuado por fatigas y sufrimientos del apostolado, la muerte de Jesús, a fin de que también la vida mortal y gloriosa de Jesús se manifieste algún día visiblemente en nuestros cuerpos...

3.ª Lectura: Mc. 2,23-3,6

Esta lectura guarda cierta relación con la primera, por tratarse de la guarda del sábado, según la ley judía, y por el legalismo de los letrados y las tradiciones rabínicas darían ocasión de conflicto entre sus enseñanzas y las de Jesucristo. Aquí se nos refieren estos dos hechos: 1.º Los discípulos de Jesús arrancan y comen espigas («porque tenían hambre»: Mt. 12,1). 2.º Jesús cura al hombre de la mano seca...

Jesús termina oponiéndose firmemente a tan miope legalismo, y viene a proclamar su divinidad por un procedimiento indirecto, y termina diciéndoles que Él es «Señor del sábado». El sábado se ha hecho para el hombre, pero no el hombre para el sábado... y por lo mismo, Jesús sin importarle el acecho de los fariseos cura al hombre de la mano seca, confundiendo a aquellos hombres de miradas tan estrechas...

DOMINGO 10 ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: Gén. 3,9-15

En esta primera lectura bíblica se nos pone de manifiesto la caída o primer pecado de nuestros primeros padres en el paraíso terrenal en el que fueron sometidos a una prueba consabida: *«De todos los árboles puedes comer menos del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal»*... y como vemos en esta lectura, Adán pecó comiendo de la fruta prohibida y al reconocer su culpa se sintió avergonzado por verse despojado del rico don de la gracia.

Entonces el Señor se le aparece y le dice: *«Adán ¿dónde estás?»*. No es que Dios ignorase dónde se hallaba. Esta expresión como comenta San Ambrosio equivalía a decirle: «¿A qué estado te ha reducido tu pecado? ¿Qué es lo que has hecho?»... Él se excusa con su mujer, que le ofreció del fruto prohibido. La mujer se excusa con la serpiente (la que sirvió de máscara al demonio), que dice: *«La serpiente me engañó»*... y a raíz de esto maldice a la serpiente. Esta maldición, aunque comprende a la serpiente material (pues del pecado la acción de arrastrarse tuvo razón de «pena»), se dirige especialmente a la serpiente infernal o espíritu maligno (al que le sirvió de máscara el animal).

La expresión «comer el polvo», que equivale a «lamer el polvo» indica la suma humillación del vencido (Is. 49,26).

«Pongo enemistad entre ti y la mujer...». En estas palabras aparece el «Proto Evangelio» o primera nueva de salvación (Véase, si se quiere explicar lo expuesto en la fiesta de «La Inmaculada»)...

2.ª Lectura: 2 Cor. 4,13-5,1

San Pablo en esta lectura empieza citando estas palabras del salmista: *«Creí, por eso hablé»*, indicando que tiene una gran fe o certeza en el triunfo de su apostolado... El apóstol «cree» en el Evangelio y por eso «habla» y lo anuncia con tanta lucha y perseverancia (como lo hacen todos los apóstoles) a pesar de las persecuciones, y es que tiene a la vista la participación de la resurrección de Cristo... y su convicción se apoya en el poder de Cristo.

Todo esto, es decir, cuanto hacemos y sufrimos los ministros del Evangelio es por vosotros, por la salvación de vuestras almas.

No decaemos de ánimo. Mientras el exterior, o sea, el cuerpo va caminando hacia la muerte y se va desmoronando por el trabajo apos-

tólico, el interior en cambio, o el alma trasformada por la gracia gana nuevas fuerzas cada día.

Las tribulaciones de esta vida son consideradas como ligeras y breves comparadas con el peso o caudal eterno de gloria que nos espera.

Las cosas que se ven, como las tribulaciones, son temporales, las que *no se ven* son eternas. «Luego las coronas que nos esperan también son eternas» (S. Crisóst.).

3.ª Lectura: Mc. 3,20-35

Estaba profetizado que «Jesús sería signo de contradicción» para muchos (Lc. 2,34). Esto empieza a manifestarse al poco tiempo de empezar su ministerio público: 1) Algunos de sus discípulos o más bien de sus familiares (Jn. 7,5) llegaron a decir que no estaba en sus cabales... 2) Los escribas y fariseos para desvirtuar sus milagros, pronunciaban frases con desprecio y que Él expulsaba a los demonios en nombre de Belcebú, príncipe de los demonios.

Los enemigos de Jesús, al atribuir al espíritu malo, sus buenas obras o milagros, forzosamente van contra la Verdad, contra las luces del Espíritu Santo, y esto es cerrarse la puerta de la salvación, y por eso, por su obcecación, su pecado resulta irremisible. No dice el Señor que «no podrá serle perdonado», sino que no se le perdonará, porque no se arrepentirán...

Nota: Sobre la frase «hermanos de Jesús» hemos de decir, que no son hermanos carnales, sino primos o «parientes», pues tales hermanos eran hijos de otra María, la casada con Cleofás (=Alfeo), y no son «hijos de María», porque relacionado con María, sólo hay un hijo, Jesús. (Puede verse esta explicación clara en estos dos libros míos: *«El Nuevo T. explicado»*, y en *«La Virgen María a la luz de la Biblia»).*

DOMINGO 11 ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: Ez. 17,22-24

El profeta Ezequiel, en el cap. 17, expone mediante una parábola la entronización de Sedecías, último rey de Judá, al que Nabucodonosor puso al frente de Jerusalén al conquistar esta ciudad.

Nabucodonosor, rey de Babilonia, le exigió a Sedecías juramento de fidelidad, pero lo quebrantó y, al violar el juramento de alianza, ofendió

a Yahvé, al que había invocado al hacerlo y faltó a Nabuco-donosor y éste lo sentenció y sufrió un gran castigo, pues después de matar a sus hijos delante de él, le sacó los ojos y lo llevó cautivo a Babilonia.

Ahora podemos ver en la lectura del día como, en contraposición al infiel Sedecías, dice el Señor: *«Arrancaré una rama o retoño del alto cedro y lo plantaré sobre un monte elevado de Israel»...*

El retoño de que nos habla Ezequiel es el rey mesiánico que sale del árbol de David y se convierte en magnífico cedro.

El significado de todo esto es el siguiente: Sobre el monte de Sión plantará Dios un nuevo príncipe y un nuevo retoño crecerá y a él vendrán todos los reyes de la tierra, pues se formará un reino universal.

Este mismo es el significado de la parábola que leemos en la última lectura, o sea, en el Evangelio, del grano de mostaza.

2.ª Lectura: 2 Cor. 5,6-10

San Pablo en el cap. 5 de su segunda carta a los corintios compara nuestro cuerpo a una «casa» o «tienda» con relación al alma que lo habita. Un día se desmoronará o será destruido por la muerte, pero luego nos espera una mansión eterna: el cielo.

Mientras vivimos en el cuerpo somos peregrinos lejos del Señor, porque *«caminamos por la fe y no por la visión».* Sin embargo nos complacemos y confiamos en salir de este cuerpo para poner nuestra morada (=para vivir) junto al Señor, y por eso ambicionamos serle agradables en todo momento aquí en el destierro, y ¿por qué hemos de esforzarnos en ser agradables al Señor? Porque todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo para que cada uno obtenga su recompensa.

Consecuencia: Si *«no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna»,* ¿por qué apegarnos a esta vida presente, a este vivir temporal si vamos a dejar aquí todo?

3.ª Lectura: Mc. 2,25-34

Jesús trata de explicar en parábolas el misterio del reino de Dios. La palabra «reino» equivale a «reinado» o imperio de Dios en las almas y en el mundo. El Conc. Vat. II dice que «la Iglesia constituye en la tierra el germen y el principio de este reino» (LG. 5). Tiene su principio en la tierra y su término es el cielo.

El reino de Dios lo compara al grano de mostaza, algo pequeño en sus comienzos. Al sembrarlo es la semilla más pequeña, pero después

brota, se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan altas, que los pájaros pueden cobijarse y anidar en ellas.

La Iglesia era en sus comienzos semejante al grano de mostaza, pequeña y perseguida en sus orígenes y grande a medida que van pasando los años, como un árbol gigantesco que extiende sus ramas por todo el mundo.

Jesucristo por medio de hombres sencillos, ignorantes como pescadores y de clase obrera, funda la Iglesia, y por ellos sin prestigio en número, pues eran sólo doce, sin prestigio de fuerzas, porque no iban con armas..., por medio de ellos salvará al mundo.

La Historia de la Iglesia está llena de persecuciones, desde los primeros siglos hasta la época actual con el comunismo marxista, de nuestros días..., mas la Iglesia seguirá en pie... Será perseguida, pero jamás vencida, ni aniquilada. Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, porque es obra de Cristo.

DOMINGO 12 ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: Job. 38,1.8-11

La idea y enseñanza de esta lectura es ésta: Dios habla a Job desde la tormenta o gran tempestad para hacer ver lo limitado de nuestro ser y de nuestra ignorancia. ¿Quién ha puesto límites al mar y romperá la arrogancia de las olas? ¿Quién sino el Ser Omnipotente? Dios es el que ha puesto límites al mar y ha dicho: *«Hasta aquí llegarás y no pasarás»*.

Este es el breve contenido de la primera lectura, que está enlazada con el contenido de todo el libro. Y diré unas palabras para entenderlo.

El libro de Job es un poema didáctico, uno de los mejores de todas las literaturas por la pureza de su lenguaje y la sublimidad de estilo. El prólogo y el epílogo están escritos en prosa y todo lo demás en verso, pero no creo que todo él sea una ficción poética, al menos la persona de Job aparece como histórica, porque el profetas Ezequiel (c.14) nombra a Job juntamente con Noé y Daniel. Ahora bien, si Noé y Daniel son personas históricas ¿por qué no lo va a ser Job? Este libro nos plantea el problema del dolor: ¿Por qué el hombre justo sufre en este mundo? Las soluciones que da son éstas:

1.ª Dios manda los sufrimientos para castigar los pecados de los hombres (según los amigos de Job).

2.ª Para probar al justo y dar gloria a Dios (según el prólogo y epílogo).

3.ª Para purificar y perfeccionar la virtud del justo (según Eliú).

4.ª Dios (que aquí se nos presenta hablando desde la tempestad) nos viene a decir que el hombre no debe inquirir en los misterios de la omnipotencia y sabiduría de Dios, sino venerar sus divinas disposiciones, porque Él es justo y gobierna justamente el mundo.

Sólo a la luz del N.T. podemos comprender mejor el por qué del dolor y reconocer que por muchos que sean los sufrimientos de esta vida no son nada en comparación de la dicha eterna que nos espera.

2.ª Lectura: 2 Cor. 5,14-17

El grande amor que Cristo nos tiene es el que movió a San Pablo a vivir en la gran actividad apostólica en que lo vemos y vivir entregado al servicio de todos, y puesto que «Cristo murió por todos», tanto fieles como infieles, todos debemos morir al yo pecador en el bautismo y resucitar a una nueva vida, y así vivir para el que murió y resucitó por nosotros.

No valoramos a nadie por criterios humanos. San Pablo, antes de su conversión, juzgaba a Cristo conforme a los criterios de los fariseos de aquella época, o sea, según las apariencias..., mas después de su conversión lo juzga conforme al espíritu, de una manera nueva, como nueva criatura en Cristo, y ve en Él al Hijo de Dios gloriosamente resucitado.

3.ª Lectura: Mc. 4,35-40

Meditemos esta escena evangélica. Jesús sube a una barca con sus discípulos. Se levanta una tempestad y las olas la cubren. El se quedó dormido y los discípulos aterrados lo despiertan diciendo: *«Señor, sálvanos que perecemos». ¿Por qué teméis hombres de poca fe?* Y levantándose, impera al mar y se hizo una gran tranquilidad. Ellos admirados, se decían: *«Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?*

¿QUIÉN ES ÉSTE? He aquí planteado el problema de la fe. ¿Quién es Jesucristo para que creamos en él? ¿Quién nos habla en el Evangelio? ¿Qué doctrina es la suya?... Nosotros creemos en Jesucristo por su autoridad, porque Él es Dios, porque sus muchos milagros y profecías os hablan de su divinidad...

Ahora también ruge la tempestad, la nave de la Iglesia es agitada por oleajes adversos... Hay vientos contrarios, opiniones opuestas en el campo del dogma y de la moral... y esto parece movernos a clamar:

Quore obdormis Domine?... (Sal. 44,23). Señor, parece que duermes, levántate y no nos dejes hundir...

Si con ojos de la fe mirásemos la tempestad, las persecuciones levantadas contra la Iglesia, las defecciones religiosas..., no nos extrañarían tanto, y más si atendemos a las causas que las originan, y más aún si tuviéramos fe y esperásemos en el Señor, que permite pasemos por tantas pruebas...

DOMINGO 13 ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: Sab. 1,13-15; 2,23-25

El libro de la Sabiduría fue escrito, según la opinión más común, a mediados del siglo II antes de Cristo. Hay quien considera este libro como la última obra escrita del A.T. Habla de la vida futura, de la recompensa de los justos y del castigo de los impíos. La justicia de Dios no aparecerá plenamente más que en la otra vida.

Esta primera lectura empieza diciéndonos: «Dios no hizo la muerte... Dios creó todas las cosas para la existencia... y creó al hombre para la inmortalidad». Entonces cabe preguntar: ¿Por qué morimos?

Remontémonos a los orígenes de la humanidad, a la escena del paraíso terrenal y tendremos la respuesta. Dios, como sabemos, sometió a nuestros primeros padres a una prueba, que equivalía a decirles: «Obedeced al mandato que os doy, no pequéis, porque si pecáis, moriréis...». AL fin instigados por el demonio, pecaron, y por eso se nos dice en esta lectura: *«Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo»,* y San Pablo más claramente dice: *«Por un hombre (por Adán) entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte»* (Rom. 5). La muerte, pues, es consecuencia del pecado original.

De hecho tenemos que decir que no morimos del todo, porque nuestra alma es inmortal: *«No temáis, dice Jesucristo, a los que pueden matar el cuerpo, que el alma no la pueden matar»* (Mt. 10,28)... Y sabiendo que todos hemos de morir, es de sabios el vivir preparados para la muerte, proque en el momento que menos pensemos, nos sorprenderá...

2.ª Lectura: 2 Cor. 8,7-9.13-15

Es una lectura clara. San Pablo trata de hacer una colecta en todas

las iglesias o comunidades por él fundadas con deseo de llevársela a la Comunidad, que reside en Jerusalén, Cabeza de las demás iglesias.

Y les dice a todos: Ya que sobresalías en la fe, en el conocimiento de la palabra de Dios..., distinguíos también ahora por vuestra generosidad... El ejemplo de Cristo, que «siendo rico se hizo pobre para enriqueceros» debe ser tenido en cuenta...

Consecuencias: Seamos desprendidos cuando se trata de remediar necesidades corporales y espirituales... (Ved *«Desprendimiento»*. Dic. Nros 535 ss).

3.ª Lectura: Mc. 5,21-43

En esta lectura se nos refieren dos milagros: el de la resurrección de la hija de un príncipe o jefe de la sinagoga, llamado Jairo, y la curación de la hemorroisa, mujer que padecía flujo de sangre, que había gastado su fortuna en médicos, sin mejorar.

Estos milagros nos hablan del poder de Jesús, propio de Dios, y por lo mismo, con sus milagros demuestra que es Dios, y resucitando a la niña muerta demuestra que tiene poder sobre la vida y sobre la muerte. (Es un bello pasaje, que basta sólo leerlo para darse cuenta de su contenido).

En la hemorroisa podemos reparar en su gran fe, ya que ella se decía para sí: *«Si tocare, aunque sólo fuera sus vestidos, quedaría sana»,* y acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, y notó que su cuerpo estaba curado. Jesús se volvió entonces y dijo: *«Alguien me ha tocado»*. Los discípulos le dijeron: Pero si todos te están tocando, porque te apretuja la gente...

Jesús replicó: «Alguien me ha tocado». Ese «alguien» indica la gran fe de la hemorroisa. Hoy en una parroquia, en una comunidad, podemos decir: Todos acuden al trabajo, todos oran..., y se podría decir: No todos oran debidamente, no todos hacen bien las cosas... *«alguien me ha tocado»,* «alguien ha orado como es debido», «alguien ha obrado con fe»...

DOMINGO 14 ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: Ez. 2,2-5

En esta lectura se nos habla de la vocación del profeta Ezequiel, la

que tuvo lugar a raíz de una gran visión de la gloria de Dios, ante la que cayó postrado en tierra.

Notemos que el que elige o llama al profeta es el mismo Dios, que le dice: «hijo de Adán», lo que equivale a decir: «hijo de hombre», expresión que se repite 84 veces en el libro de Ezequiel, una en Daniel (8,17) y 79 en los Evangelios.

Dios llama a Ezequiel «hijo del hombre», para recordarle, como dice San Jerónimo, su fragilidad humana o condición de hombre mortal mientras que en los demás pasajes, fuera de Ez., la expresión «Hijo del hombre» denota al Mesías, Jesucristo, el Hijo del hombre por excelencia, pues «como un hombre» o «como Hombre» (un ser sobrehumano) había de aparecer sobre las nubes del cielo, y también primeramente sobre la tierra como hombre modelo y ejemplar...

Dios le da al profeta una misión, parecida a la de Isaías (cap. 6) y la de Jeremías (cap. 1), enviado también a un pueblo rebelde a la voz de Dios, que les habla por sus profetas.

¿Qué mensaje fue el de Ezequiel? Parece ser por lo que luego repetirá que se reducía a *«retraer al malvado de sus perversos caminos para que viva»*. El mensaje que le anuncia no es ocasión de aplauso, pues encuentra dificultades, incredulidad, resistencia...; pero Dios le dice: *«Te hagan caso o no, pues son un pueblo rebelde, sabrán que hubo un profeta entre ellos»*.

La misión del profeta, como nuestra misión, resulta incómoda cuando se llama la atención a los que van por el camino del vicio y del pecado, alejándose de los mandamientos de Dios, que tenemos que cumplir para salvarnos.

2.ª Lectura: 2 Cor. 12,7-10

San Pablo había tenido grandes revelaciones y reconoce que son obra exclusiva de la bondad de Dios, así como la prueba porque está pasando, el «llevar una espina en la carne». Algunos comentaristas han dicho que este aguijón o espina, significa los estímulos de la concupiscencia de la que habla en la carta a los Rom. (7,23); mas no parece ser este sino más bien una enfermedad o dolencia física (Gál. 4,13), y así «aguijón» significaría una espina clavada en la carne, como un dolor prolongado.

Aquella enfermedad sufrida fue como contrapeso a las grandes revelaciones *«para que no se ensoberbeciera»*.

Él rogó verse libre de tal enfermedad, pero recibió esta respuesta:

«Te basta mi gracia», porque la fuerza se perfecciona en la debilidad, es decir, con la gracia de Dios seremos fuertes en nuestras tentaciones...

3.ª Lectura: Mc. 6,1—6

Jesús había empezado su vida pública. había recorrido varios pueblos y hecho varios milagros, especialmente en Cafarnaún... Su fama se iba extendiendo por todas partes. Sus paisanos de Nazaret, donde había pasado su vida oculta de unos treinta años, lo esperaban con cierta curiosidad y desconfianza.

La lectura de este Evangelio nos refiere como después de las diversas correrías apostólicas vuelve por primera vez a Nazaret y en día de sábado, entra en la sinagoga, y sus paisanos le dijeron: *«Todo cuanto hemos oído que has hecho en Cafarnaún hazlo aquí en tu patria»* (Lc. 4,23) (Ved Dom. 3 Adv. 1.ª Lect. 3)

La multitud que le oía se preguntaba asombrada: *«¿De dónde le viene tanta sabiduría y ese poder de hacer milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero, el hijo de María... y no viven aquí sus hermanos?*

Jesús notó la incredulidad de sus paisanos y dijo: *«Nadie es profeta en su patria»*. A Jesús se le rechaza cuando no se acata su doctrina expuesta en el Evangelio y por la Iglesia... No seamos incrédulos como aquellos paisanos de Jesús, meditemos ahora sus doctrina y sus milagros en los Evangelios y creamos firmemente en cuanto se nos dice como dicho por Jesucristo...

Nota: Sobre la expresión «hermanos de Jesús» (véase Dom. 10 Ev. 8).

DOMINGO 15 ORDINARIO (B)

1.ª lectura:Amós, 7,12-15

Esta lectura está tomada del profeta Amós, uno de los llamados profetas «menores», que vivió en el siglo VIII (a.d.C.). Dios le mandó que profetizase contra Israel, y les echó en cara su vida disoluta, sus violencias y sus vicios, por no sentir preocupación alguna por la ruina que les iba a sobrevenir.

También les dijo que los santuarios de Israel serían destruidos e irían al destierro, y la espada se alzaría contra la casa de Jeroboam, la que sería destruida por apartarse de la ley de Dios.

Entonces Amasías, un sacerdote de Betel, al oír lo dicho por Amós,

lo denunció al rey y se enfrentó con el mismo Amós diciéndole que se retirase a Judá y cesase de anunciar calamidades.

Amós le respondió al sacerdote de Betel, que no era profeta por su capricho, sino que Dios lo había elegido cuando estaba cuidando el rebaño de su amo, y Él fue el que le dio la orden de profetizar a Israel, y le añadió: «trágica será la muerte de tu mujer y de tus hijos, e iréis al destierro».

El profeta Amós no se arredró y siguió anunciando la futura suerte de Israel..., y nos enseña a nosotros a no cesar de cumplir con nuestro deber sagrado, anunciando los castigos que sobrevendrán a los que se apartan de los mandatos de Dios... *«Conviene obedecer a Dios antes que a los hombres».*

2.ª Lectura: Ef. 1,3-14

La expresión «Bendito» sea Dios, equivale a «digno de alabanza» y en realidad lo es porque Él es el Creador del mundo y del hombre, el principio y fin de todas las cosas, el Ser supremo que rige, gobierna y conserva el curso de los astros, las mutaciones de los tiempos y las vicisitudes y el orden de las cosas.

Y en verdad todos los hombres deben alabarle, porque Él nos bendijo en su Hijo Jesucristo, en el que dijo a Abraham que *«serían benditas todas las naciones de la tierra»* (Gál. 3,16) y en Él nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos.

La elección, la gracia es obra gratuita de Dios; pero se nos exige de nuestra parte cooperación en las buenas obras y perseverancia en ellas. «Cristo, dice S. Crisóstomo, nos hizo santos, pero conviene permanecer santos».

En Cristo fuimos elegidos y predestinados. Esta elección presupone amor. Estamos llamados por su gracia y ahora por el bautismo a ser hijos adoptivos de Dios, y cooperando y perseverando en su gracia estamos llamados a ser en Él los herederos del cielo *«para alabanza de la gloria de su gracia»*, o sea, para alabanza de su gracia, de su bondad, de sus beneficios contenidos «en el Amado», y así glorificarle por esta gracia que nos santifica y salva.

Nosotros glorificamos a Dios proclamándolo glorioso, no haciéndole. La gloria de Dios es gloria nuestra... En Cristo, como nos dice el apóstol, tenemos por su sangre la redención y el perdón de los pecados...

3.ª Lectura: Mc. 6,7-13

Aquí se nos habla de la vocación de los doce apóstoles. Elección gratuita. Eligió a los que vio más aptos para el reino de los cielos, y los llamó «apóstoles» y les dio ciertas instrucciones y poder de curar enfermedades y predicar la Buena Nueva del Reino (Mt. 9,35). Dios quiso que los «apóstoles» sustituyeran a los «malos pastores». Las multitudes vivían como ovejas sin pastor... Hemos de orar por las vocaciones: *«La mies es mucha y los trabajadores pocos»* (Mt. 9,37).

Al encargar a sus apóstoles que vayan sólo con lo necesario para el camino, sin pan y sin dinero..., es una exhortación en orden a amar y practicar la pobreza, confiando en la eficacia propia de la Divina Providencia, debiendo por tanto tener sólo consigo lo que necesitasen para el momento, pues era de esperar que «como el obrero merece su sustento», no les habría de faltar nada.

Sacudir el polvo de los pies, era una muestra exterior de que los apóstoles no salían responsables del castigo que con su inhospitalidad atraían sobre sí...

DOMINGO 16 ORDINARIO (B)

Los profetas presentan a Israel, pueblo escogido, como un rebaño. Sus pastores, o sea, los dirigentes o reyes, que eran los llamados a apacentar debidamente a su pueblo, lo dejan perecer. (Por eso Amós los llamaría un hato de disolutos, que no se preocupaban más que de banquetear y pasarlo bien y dando mal ejemplo al pueblo por no ser cumplidores de los mandamientos de Dios).

Ellos por sus pecados, fueron causa del destierro y de la dispersión de Israel...; pero Dios reunirá un día sus ovejas y les dará pastores convenientes y vendrá la restauración definitiva de Israel.

Con este oráculo termina lo concerniente a los reyes de Judá, los que el último fue Sedecías, que no fue, como estaba llamado a serlo, «justicia de Dios»... Por eso el profeta Jeremías anuncia que Dios suscitará un vástago legítimo, rey prudente que será justicia y entonces se salvará. Israel. Dicho rey será llamado: «El Señor, nuestra justicia».

Este vástago con sus cualidades es un eco del que nos habla Isaías (11,1 ss.) y saldrá del tronco de Jessé.

Aplicación: ¿Por qué el pueblo fue dispersado? La causa de tal castigo o dispersión fue por culpa de aquellos pastores o reyes y por la

infiltración del mal en el pueblo... Si las causas del mal producen los mismos efectos al ver los males actuales en el mundo y en nuestra nación, no serán culpables los que se apartan de la ley de Dios y no gobiernan conforme a sus santas leyes?

2.ª Lectura: Ef. 2,13-18

San Pablo nos habla de la unión e igualdad de judíos y gentiles en Cristo. Después de decir a los convertidos del paganismo, que antes de acercarse a Cristo, vivían sin fe, sin religión y sin Dios en este mundo, quiere que reconozcan que «todos los que estaban tan lejos de Dios», por la sangre de Cristo se han acercado a Él.

La barrera o muro de separación que existía entre judíos y gentiles (simbolizada por la barrera que estaba puesta a la entrada del atrio de Israel en el templo, donde no podían entrar los gentiles bajo pena de muerte) fue rota por la sangre de Cristo en virtud de su sacrificio redentor y anuló los ritos de la antigua ley, o sea, la ley mosaica con los decretos u ordenanzas, que eran fuente de enemistad entre judíos y gentiles, a los que reconcilió con la cruz, pero no anuló la ley moral básica de los diez mandamientos, antes bien, vino a perfeccionarlos.

Cristo es «nuestra paz», Él ha hecho de los dos pueblos, el judío y el gentil, un solo pueblo y ha roto el muro medianero que los separaba: la enemistad.

La Ley del amor dada por Cristo es la que nos une a todos... Por Cristo cuando vino al mundo y se hizo hombre, anunció la paz a los gentiles, que estaban lejos de Dios, y anunció la paz a los judíos que estaban cerca. Pacificados y unidos ya en un mismo Espíritu, tenemos acceso y entrada al Padre.

3.ª Lectura: Mc. 6,30-34

Los apóstoles habían estado misionando y al volver a reunirse junto a Jesús, Éste los escucha viéndolos gozosos de los milagros que habían obrado y de la doctrina predicada... Luego los invita a congregarse en un lugar solitario junto al lago de Tiberíades y así tomar algo de descanso (¡a cuántos misioneros y apóstoles interesan unos días de retiro, para tomar nuevas fuerzas en orden al apostolado!).

Notemos que los planes de la soledad no se cumplieron como hubieran deseado, pues la multitud que se da cuenta de la presencia de Jesús, acude adonde está; mas Él no manifiesta enfado ni se siente molesto...

El fin de Jesús es hacer bien a todos y le vemos movido a misericordia al ver a tantos que acuden a Él como ovejas sin pastor... Esto le dio pie para hacer el milagro de la multiplicación de los panes, que se nos refiere en la lectura del Evangelio del domingo siguiente (Para hablar del *«Apostolado»*, ved Dic. Nros. 127 ss.).

DOMINGO 17 ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: 2 Rey., 4,42-44

En esta lectura se nos refiere un milagro del profeta Eliseo, que guarda cierta relación de semejanza con el milagro de Jesús, del que se nos habla en la última lectura.

Dios hizo que el espíritu del profeta Elías descansase, al desaparecer éste en un carro de fuego, sobre otro profeta: Eliseo, quien haría grandes milagros por el poder que Dios le comunicó.

Eliseo hizo muchos milagros, entre otros citaré estos: 1) Uno de ellos fue el hacer que una pobre viuda que tenía que pagar una deuda y estaba preocupada. No teniendo más que una vasija de aceite en su casa, le dijo el profeta: Vete a las vecinas y pídeles las vasijas vacías que puedas y que no sean pocas, y después le dijo: Vete echando de la vasija que tienes llena de aceite en las vacías, y fue echando y se iban multiplicando de tal modo que las llenó todas.

Después le dijo el profeta: Ahora vende esas vasijas que has llenado de aceite y con su importe pagarás la deuda...

Otro día resucitó al hijo de una mujer sunamita... Y en otra ocasión curó la lepra a Naamán, general sirio, etc..., y hoy, se nos habla de otro milagro: la multiplicación de unos panecillos para dar de comer a más de cien personas...

Este milagro tiene cierta relación con el de la multiplicación de los panes, de que se nos habla en la tercera lectura. Los milagros prueban el poder de Dios...

2.ª Lectura: Ef. 4,1-6

El apóstol San Pablo estando prisionero por la causa del Señor, exhorta a los de Efeso a que caminen de una manera digna de su vocación., Él invoca la dignidad de la vocación a la fe: ¡nobleza obliga!

El apóstol les recomienda la humildad y la amabilidad y que sean

comprensivos, esforzándose en mantener la unidad que produce el Espíritu. con el vínculo de la paz.

Los elementos de esta unidad que es necesario mantener son: el constituir los cristianos «un solo cuerpo», o sea, una sociedad visible, animada y vivificada por «un solo Espíritu», el Espíritu Santo, porque este Cuerpo, o sea, la Iglesia, atiende a un mismo fin, la posesión de Dios en la vida eterna, todos han sido llamados a *una misma esperanza.*

Este Cuerpo tiene su existencia en «un solo Señor», que es su Jefe o Cabeza y al cual todo los miembros son sometidos por la profesión de «una misma fe e incorporados por la recepción de «un solo bautismo», siendo así todos hijos adoptivos de «un solo Dios», Padre de todos y que está sobre todas las cosas o seres creados.

Como consecuencia esto nos mueve a reconocer la necesidad de la unidad y de la caridad entre los fieles.

3.ª Lectura: Jn. 6,1-15

San Juan en el capítulo 6.º de su Evangelio nos refiere la multiplicación de los panes y el gran sermón sobre la promesa de la Eucaristía, al que le dio pie para predicarlo el milagro obrado. Hoy se nos refiere en esta lectura la realización del milagro y en el domingo próximo y siguientes, la promesa eucarística.

Tales eran los atractivos de Jesús que las multitudes le seguían sin cesar y hasta parece que se olvidaban de comer... El Señor se compadeció de aquella inmensa multitud que estaban en despoblado, lejos de sus casas...

Jesús hizo entonces esta pregunta: *«¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?».* Esto lo decía para probarlos, pues Él bien sabía lo que iba a hacer, pues como Dios que era, conocía que era necesario un milagro y lo haría...

Se realizó el milagro, y con cinco panes y dos peces dio de comer a *«cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños»* (Mt. 14,21) (pasarían por tanto de los diez mil los que comieron y todos quedaron saciados).

Todos quedan admirados y dicen: *«Éste sí que es el profeta que tenía que venir al mundo»...* Quieren hacerle rey y huye, retirándose a la montaña a orar.

El milagro de la multiplicación de los panes lo podríamos obrar con frecuencia si todos diéramos algo al que no tiene nada...

DOMINGO 18 ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: Ex. 16,2-4, 12-15

Los israelitas habían pasado el mar Rojo al mando de Moisés y se habían internado en el desierto, camino de la tierra prometida. La Escritura nos describe este viaje, lleno de milagros con los que Dios se quiere dar a conocer a su pueblo.

Ellos sienten deseo de comer carne, y se acuerdan de la que comían en Egipto y empiezan a murmurar contra Moisés y contra Dios por haber salido de Egipto; mas a pesar de tales murmuraciones, Dios les manda bandadas de codornices. Él es el dueño de todo e hizo orientar hacia ellos tales bandadas para satisfacer sus deseos..., y por si fuera poco, hizo que lloviera pan del cielo, el llamado por el salmista (Sal. 77) «pan de ángeles». No sabiendo qué era ese pan, se decían: *«Manú»* (en hebreo) = *«¿Qué es esto?»*, y así se le dio el nombre de *«maná»*.

¿Qué más podía hacer Dios por este pueblo que no hubiera hecho? (Is. 5,4)... Sin embargo, el pueblo no cesó de murmurar, «Veían» milagros, «oían» las palabras del mismo Dios que les hablaba desde la nube, y desde el monte Sinaí, por lo que los profetas dirían: *«Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen...»*.

Por eso el mismo Jesús diría que les hablaba en parábolas *«para que viendo no vean, y escuchando no entiendan, no sea que se conviertan»* (Mc. 4,11-12). Palabras duras, pero que tienen su explicación, porque al ver ellos tantos milagros y oír la voz de Dios, a veces se tapaban los oídos por no querer oír lo que les decía el Señor.

¿Quién tiene la culpa de su endurecimiento y de su perdición? Si uno cierra la ventana de su habitación para que no entre el sol en ella, ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre?... *«Si hoy oís la voz de Dios, no queráis endurecer vuestro corazón en la maldad»*...

2.ª Lectura: Ef. 4,17.20-24

El apóstol San Pablo recomienda nuestra renovación en Cristo, despojándonos del hombre viejo. El «hombre viejo» es la corrupción del corazón y de la mente, o sea, el hombre carnal y terrestre que va a la corrupción y a la muerte, porque se deja conducir por las pasiones. Éste era el camino de los gentiles, pues vivían conforme a la vanidad de sus pensamientos, entregados a la impureza... y prácticamente vivían sin fe, sin religión y sin Dios...

Revestíos del hombre nuevo. Éste es el que por el bautismo ha sido creado o *renovado*, como dice San Juan (3,5). El bautismo es una nueva creación, y la justicia y la santidad son las que dan vida al hombre nuevo y éstas proceden de la verdad.

3.ª Lectura: Jn. 6,24-35

En este Evangelio se nos empieza a hablar de la «Promesa Eucarística». Jesús había acabado de hacer el milagro de dar de comer con cinco panes y dos peces a más de cinco mil personas... Después de comer todos hasta saciarse, le siguieron muchos hasta Cafarnaún, y volviéndose a ellos, les dijo:

«Me seguís porque habéis comido los panes y os habéis saciado. Trabajad por el pan que no perece, o sea, por el pan que perdura para la vida eterna y que os dará el Hijo del hombre»... y luego en medio de su sermón, les dice: *«Yo soy el Pan de Vida, bajado del cielo. El pan que yo daré es mi misma carne... el que come de este pan, vivirá eternamente y yo le resucitaré en el último día...».*

(La exposición o comentario al Evangelio de hoy, véase *«Promesa de la Eucaristía»* en el *«Día del Corpus Christi...»*).

DOMINGO 19 ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: 1 Rey. 19,4-8

Elías fue profeta en el reino de Israel en el siglo IX a.d.C. bajo el rey Ajab. La vida de este profeta, uno de los principales del A.T., se nos narra en el libro primero de los Reyes (caps. 17-19). Luchó valerosamente contra el paganismo y por haber ordenado la muerte de los falsos profetas de Baal, tuvo que huir a través del desierto, perseguido por la impía reina Jezabel, esposa de Ajab.

En este relato de la peregrinación de Elías por el desierto del Horeb (denominado también Sinaí, pues es una ramificación de éste), el pan que le fue proporcionado milagrosamente es una figura del pan de la comunión, en la que se le da a los cristianos el «pan del cielo», el Cuerpo de Cristo, para sostenerles en su peregrinación o marcha sobre la tierra hacia el reino de Dios.

A Elías, cansado del camino, estando acostado bajo una retama, se le apareció un ángel y le dijo: *«Levántate y come, que el camino es*

superior a tus fuerzas»... Elías se levantó y comió y bebió y con la fuerza de aquel alimento caminó cuarenta días hasta llegar al monte de Dios.

El cristiano también necesita alimento para cobrar fuerzas a través del desierto de esta vida y llegar a la Tierra Prometida: el Cielo. El pan ordinario es sustento del cuerpo; el pan eucarístico es el sustento del alma, la que debemos fortalecer contra las pasiones y ataques de nuestros enemigos.

2.ª Lectura: Ef. 4,30,5-2

El apóstol nos dice: Sed imitadores de Dios y caminad en el amor. El cristiano, una vez convertido de veras a Dios, ha de cambiar de conducta, ha de dejar la ira, el insulto, la maledicencia..., debe ser bondadoso, comprensivo, perdonador...

Había dicho antes: *«Airaos, pero no pequéis».* Aunque la ira sea justa, si la sentimos en nuestro interior debemos evitar que nos domine y debemos combatirla y mostrarnos prontos al perdón. En los Proverbios leemos: *«El tardo a la ira es prudente; el pronto a la ira, hará muchas locuras»* (14,29). Ten presente esta sentencia árabe: «Antes de hablar da cuatro vueltas a la lengua»...

Hemos de evitar los pecados de la lengua para evitar que se hieran las virtudes de la caridad y de la pureza... siendo bondadosos y comprensivos.

«Vivid en el amor» siguiendo el ejemplo de Cristo que dio la vida por nosotros... «No hemos de contristar al Espíritu Santo» por el pecado mortal... (Para hablar de la «ira», ved Dic. Nros: 1167 ss,y).

3.ª Lectura: Jn. 6,41-52

Este Evangelio es una continuación del discurso sobre la Eucaristía del que hemos hablado en domingos anteriores. Después del milagro de la multiplicación de los panes, Jesús quiso hacer elevar las mentes de sus oyentes del pan material que han comido a otro de naturaleza superior que da la vida eterna, y así el pan o sustento ordinario del cuerpo contrapone el pan «sobresustancial», el pan de la Eucaristía, alimento de nuestras almas.

Jesús distingue claramente dos clases de alimento: el alimento perecedero (tal era el «maná») y el alimento eterno que no perece, o sea, el pan de vida que dura hasta la vida eterna. Cristo es el «pan vivo», el pan que da vida eterna.

El pan que Jesús promete es su misma carne. Este pan lleva consigo la inmortalidad feliz para el alma y la garantía de la resurrección para el cuerpo. *«Vuestros padres,* dijo Jesús, *comieron el maná y murieron; mas el que come de este pan vivirá eternamente».*

Como dice San Agustín, «murieron porque creían lo que veían con sus ojos carnales, pero rechazaron lo que no veían... Nosotros tomando la Eucaristía morimos visible y corporalmente, pero no espiritualmente». Jesús se refería no a la vida terrena, sino a la vida espiritual y eterna. Avivemos nuestra fe en la Eucaristía y comulguemos con el mayor fervor posible.

DOMINGO 20 ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: Prov. 9,1-6

Los Proverbios es un libro de consejos atinados y de máximas, que forman una bella colección de sentencias que nos mueven a obrar rectamente.

En esta 1.ª lectura se nos habla de la sabiduría personificada, como si fuera una mujer rica y virtuosa matrona de un palacio que invita a sus seguidores a una suntuosa fiesta. Las viandas exquisitas de ese banquete son una sublime doctrina y nobles virtudes para que los inexpertos y faltos de juicio, dejada la inexperiencia, sigan el camino de la prudencia.

La Sabiduría tiene sus criadas o doncellas que despacha para que lo anuncien en los puntos que dominan la ciudad... Sus consejos librarán a todos los que los sigan del camino de los hombres de perversos razonamientos.

Al final del cap. 9 del que está tomada esta lectura, se nos habla de la Necedad también personificada, lo contrario a la Sabiduría, la cual como mujer mala y viciosa invita a los transeúntes a un banquete, que es el de placeres impuros, banquete pobre, de pan y agua (no de carne y vino como el anterior), banquete macabro, pues los comensales de la impureza están ya entre los muertos...

En la primera colección de proverbios (cap. 1-9) la mujer adúltera encarna el tipo de la necedad... Muchos van a casa de meretrices, como el buey entontecido al matadero... y no se dan cuenta que pierden la hacienda y la salud temporal y eterna... Sigamos, pues, los consejos de la mujer sabia y no los de la necia.

2.º Lectura: Ef. 5,15-20

San Pablo nos dice: *«Fijaos bien cómo andáis; no seáis insensatos, o necios, sino sensatos... Daos cuenta de lo que Dios quiere... No os emborrachéis con vino, que lleva al libertinaje...»*. Estas últimas palabras me mueven a hablar de la embriaguez.

La Sda. Escritura nos señala con insistencia los funestos resultados a que pueden conducirnos el abuso del vino, es decir, los peligros que trae consigo. Veamos algunos textos: *«El vino desde el principio fue creado para la alegría de los hombres, no para la embriaguez. Alegra el alma y el corazón bebido a tiempo y con sobriedad. El vino bebido con exceso causa contiendas, iras y muchos estragos y es amargura del alma. La embriaguez hace osado al necio para ofender: quita las fuerzas y es ocasión de heridas...* (Eclo. 31,35-42).

«No os entreguéis con exceso al vino, fomento de la lujuria» (Ef. 5,18) (Véase estos textos que tratan de la embriaguez: Prov. 20,1; Eclo. 26,11; Prov. 23,31).

No vendáis la libertad de hombres por unos sorbos de veneno. El borracho reincidente ofrece el triste espectáculo de verlo caído en cualquier parte sobre el polvo, en un charco... perdida la razón...

3.ª Lectura: Jn. 6,51-59

Esta lectura es continuación de las palabras de Jesucristo sobre la Promesa eucarística. Él dijo: *Yo soy el pan vivo bajado del cielo... y el pan que Yo daré es mi carne...* Los judíos disputaban cómo podría Él darles su carne..., mas Jesús no retractó lo dicho, y les repitió: *Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre no tendréis vida en vosotros...*

Ellos creían que les iba a dar su carne como en el mercado, y no entendieron que era de un modo sacramental, pero real, como luego lo demostró...

Cristo viene a nosotros en la Comunión..., mas entre Cristo y nosotros hay una unión más íntima que la que existe en el alimento ordinario, y una gran transformación, pues como la Eucaristía no es un alimento «muerto», sino «vivo» lo que ocurre es que nosotros no cambiamos este alimento «vivo», espiritual en nosotros, sino que Él nos cambia a nosotros en Él y nos hace nuevos hombres, mas castos, más humildes, caritativos y sanos.

DOMINGO 21 ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: Jos. 24,1-2a.15-17.18b

En esta 1.ª lectura se nos habla de la reunión de todas las tribus de Israel en Siquén, a las que Josué, una vez conquistada la tierra prometida, les dijo: «He aquí lo que dice Yahvé, Dios de Israel: Yo tomé a vuestro padre Abraham del lado de allá del Eufrates (donde él y sus padres servían a otros dioses), le conduje a través de toda la tierra de Canaán y multipliqué su posteridad dándole a Isaac. A Isaac le di a Jacob y Esaú... y Jacob y sus hijos bajaron a Egipto..., donde se multiplicaron, luego los saqué de allí a través del desierto... Pasásteis el Jordán y llegasteis a Jericó, y os he dado esta tierra que no habéis cultivado...

Ahora, pues, servid al Señor, temedle, quitad de vosotros los ídolos o dioses extraños... Pero si no os parece bien servirle, escoged a quien servir. Yo, les dijo Josué, y mi casa serviremos al Señor. A las palabras de Josué, caudillo de Israel, el pueblo respondió: *¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a dioses extranjeros! El Señor es nuestro Dios.*

Entonces renovaron la alianza y se comprometieron a cumplir los mandamientos de Dios, camino para ser felices (Dt. 5,29).

Pero pasado poco tiempo, se apartaron de Dios y terminaron dando culto a los ídolos, a los baales, dioses falsos. La historia del pueblo elegido es la de cada uno de nosotros. ¡Cuántos católicos no son consecuentes! Tienen la verdad, el depósito de la revelación divina, y salen de ella para ir camino del error, alistarse en cualquier secta... y para muchos su dios es el dinero, el poder, el dios placer y sexo, soberbia, egoísmo, vanidad... Volvámonos al Dios verdadero, leamos el Evangelio, los principios básicos de nuestra Religión...

2.ª Lectura: Ef. 5,21-32

El apóstol Pablo nos habla de la familia, de las relaciones mutuas de los esposos. La familia es una pequeña sociedad, origen de toda sociedad, y en ella hay una jerarquía natural: el marido es la cabeza o el jefe, y la mujer está sometida a él, pero su sumisión debe tener la libertad propia de esposa, de madre y de compañera. El marido no debe ser jamás tirano, sino amarla como Cristo amó a su Iglesia. Amarla como a su propio cuerpo, con un amor no puramente carnal, que bien

pronto desaparece, sino con un amor generoso, ennoblecido por el hecho que refleja el amor sobrenatural.

San Pablo, al citar el Génesis, *«el hombre dejará a sus padres para unirse a su mujer...»* nos habla de la unión estrecha que debe reinar entre marido y mujer... Tener en cuenta el fin del matrimonio: la procreación y educación de los hijos..., no rechazarlos, no conformarse con uno o dos, que se le pueden morir y quedar ya solos en la vejez... Se va empobreciendo España, en muchos pueblos van quedando sólo ancianos... Y tengan en cuenta: *Lo que Dios unió que no lo separe el hombre...* No sueñen en divorcios, Jesucristo lo condena... En todos los matrimonios hay altibajos y momentos de crisis, pero hay que procurar superarlos... El divorcio es un mal para los padres y los hijos...

3.ª Lectura: Jn. 6,61-70

Es el final del discurso eucarístico. Jesús había dicho que era el pan vivo bajado del cielo, y el pan que daría en alimento era su propia carne... Muchos dijeron: Dura es esta doctrina. Este es un modo de hablar inaceptable... No comprendía que les iba a dar su carne de un modo sacramental y real...

Cuando se iban retirando y también algunos de sus apóstoles se apartaban de Él, Jesús les dijo: *«¿También vosotros queréis marcharos?»* Pedro respondió: *«Señor, ¿a quién iremos? tu tienes palabras de la vida eterna...»* Y nosotros ¿qué haremos? ¿Continuamos con Jesús, con su doctrina o le abandonamos? ¿Qué Dios seguimos o qué ídolo adoramos? Cuando nos cansamos de ir por el camino del bien, de la verdad y de la justicia..., cuando nos cansamos de ir a Misa y murmuramos de este o aquel sacerdote, cuando nos pesa la fidelidad conyugal y la familia y resulta dura la doctrina evangélica, Jesús pregunta: «¿También tu quieres marcharte y dejarme? Reflexionemos... Aceptemos las palabras de Jesús...

DOMINGO 22 ORDINARIO (B)

1.ª Lectura: Dt. 4,1-8

Esta lectura es una exhortación que Moisés hizo a Israel en nombre de Dios para que fuese fiel a la observancia de sus mandamientos. Dios

tenía hecha una alianza con su pueblo, que equivalía a un pacto o contrato y consistía:

1) *Por parte de Dios* en tenerle como a un pueblo elegido y preferido con el que ejercería una providencia especial, protegiéndolo de sus enemigos.

2) *y por parte del pueblo* en la aceptación de la voluntad de Dios manifestada en los diez mandamientos dados en el Sinaí. Esta era la condición, o sea, la observancia de ellos para ser protegidos de Dios y tomar posesión de la Tierra Prometida.

La sabiduría y la inteligencia de Israel, ante los demás pueblos, estaría en el cumplimiento de su santa Ley, y lo mismo toda su dicha, y así les dijo Moisés: *«Guarda sus leyes y mandamientos para que seas feliz tu y tus hijos»*.

Este es el camino para que Israel pudiera manifestarse sabio e inteligente ante todos los demás pueblos. Este también ahora es nuestro camino... Y bien pudo decirles: *«No hay nación tan grande que tenga los dioses tan cerca como lo está el Señor Dios de ellos...* (Inculquemos al observancia de los mandamientos...).

2.ª Lectura: Sant. 1,17-27

El apóstol Santiago nos dice que Dios es el dador de todo bien. Todo beneficio, todo don perfecto nos viene de arriba, del cielo, del Padre de las luces, o sea, del Creador de los astros, del Dios inmutable. Ha querido darnos la luz por medio de la palabra de la verdad, esto es, de su Evangelio, y para que fructifique hay que recibirla con las debidas disposiciones. Nuestra salvación está en el cumplimiento del Evangelio, de la palabra de Dios: *«Predicad el Evangelio, el que lo creyere, se salvará...»*.

La palabra de Dios hay que oírla dócilmente, recuérdese la parábola del sembrador... Bien recibida produce el ciento por uno y es palabra salvadora. No hay que limitarse a oírla, sino llevarla a la práctica. Los justificados no son los que oyen la ley, sino los que la practican...

3.ª Lectura: Mc. 7,1-23

Jesucristo nos da aquí una lección sobre la pureza exterior e interior. En su tiempo había una secta, la de los fariseos, observadores rigurosos de la ley de las tradiciones; interpretaban los preceptos de Moisés exagerándolos y añadiéndoles mil detalles fastidiosos, como el